EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

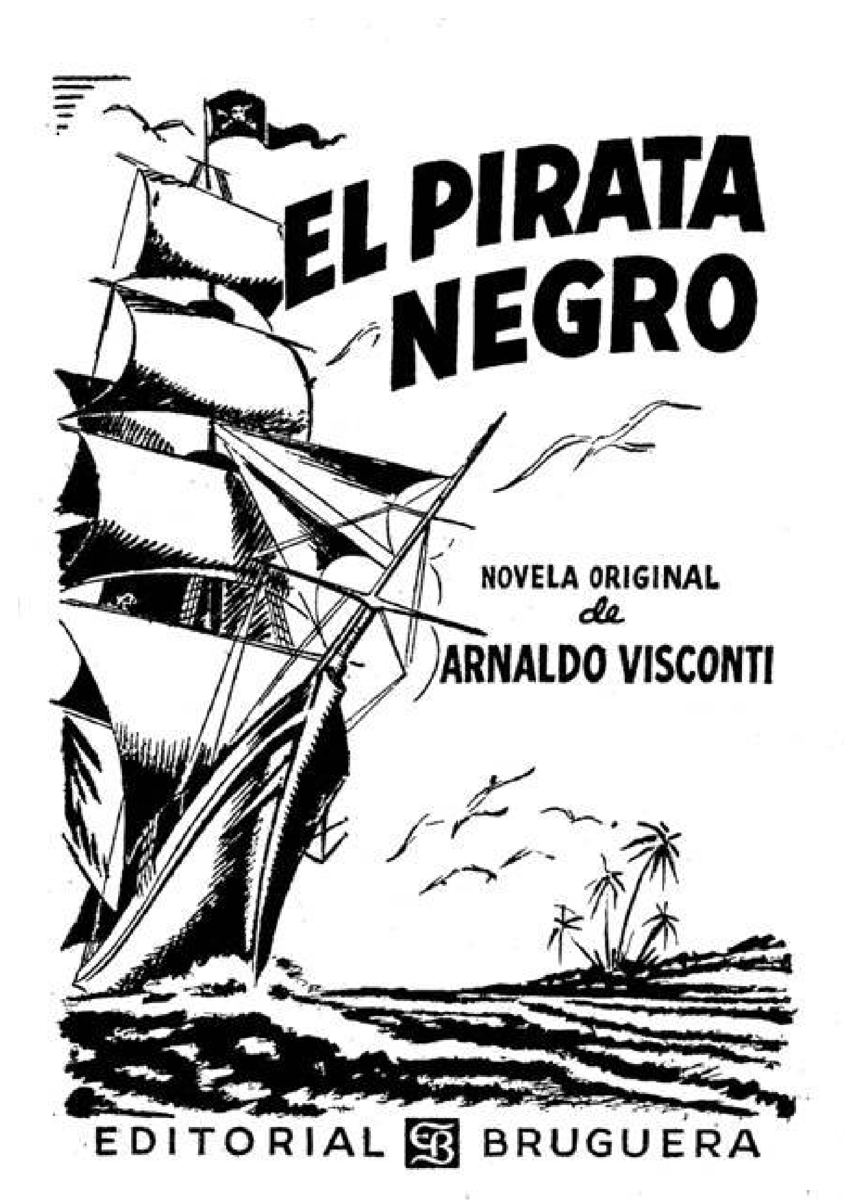
PROVENSAL

por

ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

MANADA DE LOBOS


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Manada de lobos

Colección El Pirata Negro n.° 70

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


MANADA
de
LOBOS

PRÓLOGO

Vista desde el mar, la isla rccortábase en el horizonte como una tosca pirámide, cuya alta cúspide aparecía aureolada por nubes densas.

Pero las nubes no eran más que el vapor turbio que brotando de las entrañas de la tierra, suspendía siempre su blanca amenaza, que podía convertirse en cascadas de lava y fuego, sobre la isla de la Martinique.

No obstante aquella peligrosa vecindad, los franceses que por razones de sus cargos y los más, con fines comerciales, venían a la isla, habituábanse pronto a imitar a los indígenas en su indiferencia hacia el Mont-Palé, con su sempiterna cimera nubosa.

La existencia transcurría con un ritmo lánguido, pleno de indolencia, y quizá también por inconsciente contagio, los que llegaban activos y emprendedores desde la metrópoli, iban lentamente sucumbiendo a la lentitud w a la despreocupación que por doquier reinaba en la isla antillana.

Las costumbres ya de por sí poco edificantes de la corte parisina, relajábanse aún más en aquel clima enervante, donde la cadenciosa marcha en balanceo de las negras y criollas, vestidas vaporosamente, atraía la atención do los franceses, que hallaban un gran encanto en aquella dejadez tan distinta a la encorsetada y plena de amaneramientos fémina de la corte.

Pero el paseante que con paso tardo recorría el gran malecón que se extendía entre los dos puertos naturales de L’Enfant Perdu y Malingre no se interesaba mucho en mirar a las que pasaban muy cerca de él.

Marcel Dangers se definía a sí mismo como “un vividor concienzudo”. Complacíase en asegurar que si se prestaba crédito a

la versión de que cada ser humano tiene un Ángel y un Demonio, que sostienen en la conciencia una pugna continua, su Ángel y su Demonio debían haberse fundid® en un solo elemento inexistente, porque nunca oía sus voces.

Esbelto y bien parecido, concedía extrema importancia al difícil arte de vestir con rebuscada distinción. Hubiera dado la impresión de un aristócrata adinerado, a no ser por ciertos rasgos faciales que indicaban un pasado tormentoso, y por su sonrisa, que inconscientemente era un compendio de cinismo.

Dedicábase por aquella mañana soleada a aspirar la brisa, salobre, dándose más aire con un perfumado pañuelo que colgaba de su bocamanga de rígidos brocados de plata.

Pero sobre todo dedicábase a su favorito placer; *flâner*. Era un verdadero *flâneur*, tal como los parisinos, entienden este sencillo, al parecer, caminar sin rumbo; pasando entro compactas multitudes, sin fijarse en nada en concreto y viéndolo todo.

Alguna que otra criolla, si bien acompañada de «u dueña, para cazar incautos ron sil apariencia de honesta doncella, repitió inútilmente su media vuelta después de adelantar varias veces al paseante que ostentaba tan suprema elegancia.

Alguna más impaciente, dejó caer su escarcela, prorrumpiendo a la vez en un gritito muy bien simulado de asombro.

Marcel Dangers, no por fidelidad a la supuesta esposa que había presentado en la corte del Residente, si no por personal complacencia en irritar a las que pretendían vencer su real indiferencia, deteníase un instante, miraba la caída escarcela, guiñaba descaradamente a la incitante cazadora, y dándose aire con su pañuelo, seguía su camino, rozando con sus zapatos de alto tacón la prenda ofrecida como señuelo para entrar en conversación.

Dividía a las mujeres en dos grupos: las que gustan, y las que pueden ser útiles. Rehuía como la peste las que le gustaban, y como estimaba que en aquella nueva etapa de su vida, Arlette d’Arsonval le podía ser muy útil, seguía esperando “la gran oportunidad”.

Cobarde por naturaleza, Marcel Dangers no quería arriesgarse en pequeñas empresas que pudieran suponer castigo corporal. Prefería, como en anteriores ocasiones y en distintas capitales había hecho, presentar a una mujer dotada de múltiples atractivos, como esposa suya.

Y esta vez en Pointe-a-Pitre, la capital, había logrado presentar con éxito a Arlette d'Arsonval, porque ésta había prontamente congeniado con la esposa e hijas del Residente.

Quizá, no fuera aún el momento de "la gran oportunidad", pero al menos los obsequios del Residente y su familia, hacíanle la vida, fácil.

Miró con evidente disgusto, apartándose, a un hombre que acababa de desembarcar de un pequeño bric-a-brac, tripulado por dos negros.

Era un hombre que en sus ropas maculadas, en su rostro hirsuto y en su andar, demostraba haber efectuado un largo y agotador viaje. Llevaba como único equipaje, al hombro y colgándole delante y atrás del busto, unas alforjas...

Sus botas agrietadas, la funda de su espada plena de moho, y la mugre de su camisa y puños, asquearon a Marcel Dangers, que se alejó pensando que había hombres merecedores de todos los infortunios, porque para mal vivir, sólo pensaban en trabajar o viajar fatigosamente.

Y por una de las tantas piruetas cómicas del Destino, no supo Marcel Dangers que se apartaba de la más prodigiosa fortuna en que pudiera jamás soñar hombre alguno.

Porque lo que contenían las pesadas alforjas del andrajoso viajero, eran las tablillas que revelaban la existencia de un Edén, donde el oro y las perlas abundaban.

El hombre de las alforjas siguió su camino en dirección al palacio residencial, mientras Marcel Dangers continuaba paseando en espera de "la gran oportunidad".

* * *

Gerard Ponson de la Terriére, contemplaba con embeleso la escena que le parecía digna del mejor pincel.

En el jardín particular del palacio residencial, la menor de sus hijas, acompañada por Arlette d'Arsonval, perseguía, a un diminuto chucho: un caniche de ensortijado pelo lanudo, que era el can por entonces favorito en la corte parisina.

El Residente, muy al corriente de las modas, encargó al capitán del bergantín correo que en su primer viaje de regreso, trajera un caniche. No quería que su esposa estuviera en peligro de convertirse en provinciana, suprema decadencia humana, al entender de Gerard

Ponson de la Terriére.

Lo que le encantaba en la escena se componía de dos elementos contrarios: uno negativo y otro positivo a medias. Negativo, por la ausencia de su esposa, y positivo por la presencia de la deliciosa y encantadora Arlette.

A medias… porque, como repetidamente le decía a la coqueta, “sois esquiva, cruel y os gozáis de ver mi martirio”. La respuesta de ella era adecuada: hacía constar que debía fidelidad a su esposo, al cual amaba… Pero a la vez, en sus ojos y en su sonrisa alentaba cierta esperanza prometedora…

Gerard Ponson de la Terriére persistía, no sólo porque la hermosa merecía un galanteo pertinaz, sino poique a la vez, el infatuado Marcel suscitaba el deseo de convertirle en hazmerreír, y además para un cortesano *a la mode*, contaba mucho la seguridad de conquistar a la que era propiedad de un apuesto y joven caballero.

Arlette d’Arsonval dejó de perseguir al chucho, tarea qué quedó exclusivamente a cargo de la hija menor del Residente.

Prefirió apreciar la propicia ocasión, y sumisamente aleccionada por su seudomarido, recordó, mientras, exagerando su jadeo se acercaba al Residente, alguna de las hirientes frases del hombre que la dominaba:

“—Tu belleza es de ese género pavisoso que forzosamente deleitará al viejo perro gordo y depravado que es Gerard Ponson. Pareces necia, y no lo eres. Pero procura parecerlo aún más.”

Se levantó el residente, y aunque tendió dos manos acogedoras, con el pretexto de acompañar a su mecedora a la fatigada Arlette, ésta vio en aquéllas dos patas, y en el rostro adiposo, un hocico de perro aviejado.

El polvo abundante que encubría algunas arrugas sosteníase durante todo el día gracias a la pomada que debajo embadurnaba el rostro del Residente.

—¿Cansada, Arlette?

—Un poco, Excelencia. El perrito es muy juguetón y nos hace correr, mucho.

El Residente que estaba “a punto” según meditó la experta parisina, frunció repentinamente el ceño, al divisar a su esposa que se acercaba acompañada a discreta distancia por un oficial de la

Guardia.

Besáronse ambas, mujeres, y la esposa señaló al oficial:

—Te molestamos, Gerard, porque se ha presentado un hombre que dice ser capitán de una goleta naufragada, y que trae noticias de grandísima importancia para Francia. Viene agotado, y desea ser recibido con tocia urgencia.

—¡Qué fastidio!

—Debes recibirlo, Gerard.

—En fin, señor oficial, decidle al tal capitán, que venga aquí mismo. Lo despacharé con rapidez.

Enlazada al brazo de la esposa del Residente, alejóse Arlette.

Impaciente, torció aún más el gesto Gerard Ponson, cuando vio aproximarse al peticionario.

Supuso que sería algún pedigüeño deseoso de repatriación, y tal idea le puso de mal talante.

El recién llegado, chocando los tacones, saludó marcialmente:

—Capitán Aloys Mandrin, de la naufragada goleta “Primerose”, que hundióse con hombre y carga a altura de la boca del Amazonas. Deseo ser recibido por Vuestra Excelencia.

—Ya os escucho, capitán Mandrin.

Miró a su alrededor el aludido.

—En este jardín... nos podrían oír...

—Despachad. Urgentes y muy importantes tareas recaban mi atención. ¿Qué deseáis?

—Es largo de contar, Excelencia, y posiblemente estaríamos mejor en nuestro despacho.

—Hablad—dijo secamente el Residente.

Mostró Aloys Mandria bus alforjas.

—Traigo aquí, Excelencia, la más poderosa fortuna para Francia. Mi narración os podrá parecer deshilvanada. Acabo de efectuar un larguísimo viaje. Estoy muy cansado.

—Id a la posada, descansad, y volved—dijo el Residente, deseoso de acercarse a Arlette d’Arsonval, a la cual divisaba paseando de nuevo a solas, mientras su esposa y la niña se alejaban hacia el Palacio.

—Es urgente, Excelencia. Las tablillas contenidas en mis alforjas, explican con todo detalle...

—Resumid.

—Quizá, Excelencia, si os dignarais leer la última tablilla escrita por Tumuc Humac, os interesaría mi relato.

Cogió el Residente la tablilla que Aloys Mandrin acababa de extraer. La leería para poder así despedir al importuno.

Era una blanda corteza cortada en largo rectángulo, recia por el reverso. Escrito con letra clara y perfilada, leyó:

> “Preso el conde Ferblanc, marino experto y audaz al servicio de los españoles, debo pasar las posibilidades de utilizarlo. Tiene el engreimiento propio de todo español dominante, pero su fama es universal.”
>
> “Es tan perfecta la obra que he realizado, que mi nombre será proclamado en Francia como el de benefactor de la Patria.”
>
> “Yo daré a Francia una vasta región abundante en oro y piedras preciosas, dominada por la justicia y con súbditos leales e ingenuos.”
>
> “Al frente de los cien poblados jíbaros, cada uno de ellas con mil cien jíbaros, hay un fiel francés aventurero e ignorante de mis designios que ya debo hacer conocer a mi patria, porque poca vida me queda.”
>
> “Vida reino de Damas del Arco tiene varios aventureros, la mayor parte franceses. Esta obra gigantesca me ha consumido cerca setenta años.”
>
> “La salida al mar por el delta debería estar en poder Francia. Yo tengo el oro para comprar ésta salida, y las naves para surcar el caudaloso tío después de construir canales en los lugares infranqueables.”
>
> “Un marino como el conde Ferblanc podría servir a cambio de su libertad. Esta comunicación es la última de las muchas que vengo escribiendo y que deberéis leer, señor Resiente de la Martinica.”
>
> “Y es muy francés que termine diciendo que en todo acto, sea mezquino o sublime, alienta la sombra maligna o benefactora de una mujer.”
>
> “Yo, Víctor Montjoy, por un desengaño de amor me he convertido en el rey supremo del Estado Natural del Río Branco.

Tumuc Humac”

Aloys Mandrin estaba cansado... Pero ahora, además se sentía indignado, no ya porque el Residente no le hubiera invitado a tomar asiento, sino porque había ido observando como a medida que progresaba en la lectura el adiposo rostro empolvado ostentaba una burlona mueca, con atisbos de irritación.

Devolvió el Residente la tablilla.

—¿Qué paparrucha es ésta, capitán? Muchos han sido los marinos naufragados, que después de muchas.penalidades, han venido contando leyendas de tesoros y otras baladronadas, De cuanto he leído, sólo tiene visos de real, el título de Ferblanc.

Este antiguo pirata, es o era, el que al frente de la Legión del Mar, española creación, de la que mi Gobierno ha tomado nota, saneó el Caribe.

—El conde Ferblanc está preso en el dominio de Tumuc Humac,

—¿Quién es ese hombre?

—Víctor Montjoy, maestro de Humanidades en La Sorbona.

—¿Dónde reside y por qué os envía mi lugar de venir él personalmente?

Estaba Aloys Mandrin aun más irritado, porque percibía claramente la sorna en las preguntas del Residente, que éste no hacía el menor esfuerzo por velar.

—Es el Rey de un estado natural, compuesto por parcelas, ocupadas por Más de cien mil jíbaros, y millares de amazonas, cuyas corazas son de oro puro,

—¡Ah, ah! ¿Otra vez si mito de las amazonas? Bien, amigo mío: seguramente Víctor Montjoy, apodado Tumuc Humac, reina y gobierna patriarcalmente entre cortadores de cabezas y amazonas.

—Así es. Víctor Montjoy tiene actualmente ciento siete años...

—Excelente clima debe ser aquél. Quizá me convendría tomarme una temporada de rejuvenecimiento allá. ¿Qué más?

—Supuso con su gran inteligencia Víctor Montjoy, que no me prestarían crédito. Y por eso, además de estas tablillas, escogió un medio convincente.

—¿Cuál?

—Envió mil cien jíbaros al mando de dos aventureros españoles a que sitiaran la fortaleza al Norte de Quito, llamada Fuerte

Esmeralda. Quiera con eso demostrar, que puede hacer con sus jíbaros lo que quiera. Señalad vos otro fuerte español, y sabréis…

—Tengo prisa, capitán Mandrin, ¿Por qué vuestro representado, supone que es benefactor de Francia?

—Allá existen copiosas linfas en cuyo fondo los jíbaros bucean y por juego extraen grandes cantidades de perlas. Existen rocas refulgentes estriadas de oro que…

—Es muy bondadoso ese… Victor Montjoy. No suele ser costumbre de los aventureros, regalar el oro y las perlas. ¡No me miréis con tanto descaro amenazador, capitán Mandrin! Yo soy el que debo de estar enojado, porque me hacéis perder el tiempo con lo que, a lo sumo, con benevolencia, atribuiré a locura. No quiero detenerme a pensar que quizá con ello pretendáis atraer a trampa…

—Excusadme, Excelencia. Me retiro. Si deseáis ordenarme que acuda con más tiempo y estando yo menos fatigado, os narraré detalladamente lo que estas tablillas contienen.

Y Aloys Mandrin, sin dar tiempo al Residente a contestar, alejóse con paso vibrante de indignación, en taconeo forzadamente enérgico. Veíase que estaba agotado.

Dio media vuelta, porque el Residente, alzando la voz, gritó:

—¿Dónde os alojáis?

—En la posada “La Vache qui rigola”, Excelencia.

—Ya os enviaré a buscar.

Estaba demasiado fatigado Aloys Mandrin, para discernir la oculta amenaza contenida en la observación del Residente.

Pero Gerard Ponson de la Terriére si bien por unos instantes, estuve dispuesto a ordenar que se detuviera al “impostor” que seguramente sería algún negrero dispuesto a comercian con incautos aventureros, olvidóse prontamente de Aloys Mandrin, porque estaba embelesado leyendo promesas en los grandes ojos de Arlette d’Arsonval.

* * *

Marcel Dangers alardeaba de cinismo en sus privadas conversaciones con su pretendida esposa, porque en contraste sabía ser hábilmente amable y tierno, en más privados mementos.

La vio entrar cuando ya se disponía a empezar el almuerzo, en la antesala de las habitaciones que ambos ocupaban en la hostería “Royale”, la de gran abolengo en Pointe-a-Pitre.

—Pareces algo excitada, cielo. Estimo conveniente hacerte constar que en tus excitaciones, sean del orden que sean, no olvides que me gusta sentarme a la mesa a las doce y inedia en punto. Y un esposo consciente, tiene el derecho de exigir fidelidad a las horas de comida.

—Dile a la criada que nos serviremos nosotros. Que se vaya.

—Retírate, Gourde. Mi esposa desea sentirse casera.

Marchóse la criada, y ya a solas, fue ella a cerrar la puerta, y descorriendo un cortinón, señaló la otra sala.

—Tengo que hablarte enseguida, Marcel.

—Esta pechuga de pollo reclama mi atención, encanto. Primero el espíritu y después la carne, o viceversa, según lo prefieras.

—¡No seas exasperante!

—Cuidado, delicia. Hay aquí una bandeja algo pesada, que me molestaría se manchase de sangre chocando contra tu carita. Debes saber que no soporto actitudes dominantes. Siéntate, y come o deja de hacerlo, pero cada cosa a su hora.

Nerviosa, sentóse ella, cruzando y descruzando las manos. La miró Dangers con afectada afabilidad.

—Cálmate, vida mía—dijo agitando el trozo de carne que sostenía delicadamente entre el índice y el pulgar, doblados los otros dedos—. Si piensas malograr mi comida, diciéndome que el Residente se ha propuesto envenenar a su esposa, y matarme a mí, para desposarte, no me cogerá, de sorpresa, porque esto me sucedió en parecida ocasión en Lyon.

—¡La gran oportunidad, Marcel!—chilló ella.

—Una carroza, joyas y mil luisas de renta mensual,.. ¿Es ésta la gran oportunidad? ¿Es éste el ofrecimiento del viejo perro carnoso? Porque en La Guadalupe, la que entonces era mi dulce amada, también...

—¡Oro, perlas! ¡Fortuna enorme! ¡Tuya!

—¿Donde? — preguntó irónico Dangers, simulando mirar debajo del mantel.

—Yo estaba en el jardín, y el marino con alforjas, estaba hablando con el viejo. Se fueron la esposa y la niña y yo me acerqué, y entonces desde un rosal, sin ser vista, escuché.

—Yo te escucho, ya que no quieres comer.

Explicó Arlette d’Arsonval cuanto había oído, con bastante

fidelidad descriptiva.

No hizo Dangers comentario alguno. Limitóse a humedecer sus dedos en un recipiente de cristal pleno de agua, los secó, levantóse y empezó a pasear por la sala.

Al cabo de unos instantes dijo:

—Posiblemente un negrero en busca de carnaza, o un loco fanfarrón, deseoso de ser admirado.

Ella calló. Veía brillar los ojos de su amante. Y pocas veces tenía Dangers aquella expresión.

—Pero nada nos cuesta ir a visitar a este loco, de parte del viejo perro. El viejo perro se ha arrepentido, y me envía a mí, su secretario, y a ti, mi esposa, para que le ofrezcamos excusas, hospitalidad. Y desea que yo examine con imparcialidad las tablillas. Sonríele al capitán Aloys Mandria con pudorosa ingenuidad, cielo. Adormece mucho los recelos una sonrisa estúpida.

* * *

Aloys Mandrin dormía profundamente y tardó bastante en abrir los ojos, sacudido vigorosamente por, el mesonero.

Pero estaba tendido encima de sus alforjas a modo de colchón... Se puso precipitadamente en pie al ver a los que le anunciaba el mesonero con grandes muestras de respeto, debido a la generosa propina de Marcel Dangers.

—Despertad, capitán. Tenéis importantísima visita.

Ya en pie el marino, marchóse el posadero.

Marcel Dangers, con simple inclinación de cabeza, presentóse:

—Soy el secretario particular de Su Excelencia, Os presento a mi esposa, capitán Mandrin. Excusadme, pero hemos venido a nuestro regreso del palacio, porque Su Excelencia manifestó el deseo de que en su nombre os dijéramos que no quisiera que os hubierais tomado a mal su comportamiento, quizá algo expeditivo. Me ha puesto en antecedentes de vuestra misión, y me envía para que con toda mesura e imparcialidad oiga yo vuestra relación, y le dé cuenta de todo.

Hizo Aloys Mandrin ademán de hablar, pero el parisino continuó, alzando la mano:

—No, no. Estáis fatigado. Seguid descansando... aunque mal instalado estáis, y perdonadme. En nombre de Su Excelencia os

ofrezco hospitalidad en mi hostería. Estaréis mejor… No, no… Lo que más urge es que descanséis…

—Gracias, señor—dijo agradecido el marino, tanto más satisfecho cuanto que aquella actitud contrastaba con la acogida del Residente—. Pero soy hombre de mar, y acostumbrado a todo.

—Permitidme insistir, capitán—dijo ella, graciosamente—. Podría el señor Residente atribuir a poca persuasión nuestra, el hecho de que no aceptarais nuestra hospitalidad.

—Siendo así, señora, muy gustosamente acepto.

—Enviaré a un lacayo por vuestro equipaje—dijo Dangers.

—Este es todo mi equipaje—y señaló Mandrin sus alforjas.

Las cargó al hombro, doblándose bajo el peso de las numerosas tablillas.

Poco después entraba en la carroza, y por el camino, con sabia táctica, habló Dangers solamente de banalidades.

En la sala lujosa de la hostería "Royale", sentóse Mandrin aceptando el vaso que le presentaba Arlette d'Arsonval.

—Si queréis dormir, ya esta noche, me narraréis lo que deseabais contar a Su Excelencia—invitó Dangers.

—Prefiero hacerlo ahora mismo. Fue contando el marino la existencia del Edén de las Mariposas, con sus canales, sus riquezas, las Damas del Arco y los jíbaros, unas y otros, sumisos al mandato de Víctor Montjoy.

Describía vigorosamente, con evidente sinceridad. Iba entusiasmándose a medida que describía:

—…más que aventureros, somos idealistas, que desearnos un rincón sosegado, donde Francia obtenga grandes beneficios. Al término de mi viaje por el Amazonas, han quedado once Damas del Arco esperando mi regreso o en mi lugar una embajada del Residente, portando la tablilla marcada con cruz de polvillo de oro, como contraseña y…

Se detuvo de pronto Aloys Mandrin. No le gustaba el repentino brillo fulgurante que acababa de aparecer en los ojos del hasta entonces anodino y amable "secretario".

Le entró recelo. Se puso en pie.

—¿Os sucede algo, capitán Mandrin?

—Con franqueza… Preferiría ser recibido, por el señor Residente, ya que es de tanta importancia lo que tengo que…

Perdonad, señor secretario, pero soy enviado de un hombre bondadoso, que ha edificado un paraíso en la tierra, sacrificándose durante setenta años seguidos, alejado de todo contacto intelectual con sus semblantes. Yo y muchos de los que allá están, preferiríamos que nadie supiera la existencia del Edén de las Mariposas, pero Tumuc Humac es muy patriota. Perdonad, repito, si puedo parecer descortés... Ya que el señor Residente ha sido tan gentil de enviaros a ofrecerme hospitalidad, iré ahora mismo a entregarle las tablillas para que las lea en vuestra compañía.

Observó Dangers la diestra del marino cercana a su ancho cuchillo. Sonrió amablemente:

—Tenéis razón, capitán. Y hacéis bien en desconfiar de todo el mundo. Estoy seguro de que Su Excelencia apreciará vuestra actitud.

—¿No estáis ofendido?

—¡Por Dios, querido! En vuestro lugar haría lo mismo. Me perdonaréis que no os acompañe. Nos veremos allá, en palacio.

Ya tranquilizado, saludó Mandrin dirigiéndose a la puerta, cargadas las alforjas sobre su hombro derecho.

Tocaba ya el pomo, cuando pareció aplastarse contra la puerta, deslizándose poco a poco hasta el suelo.

Marcel Dangers, con todas sus fuerzas, habíale lanzado un agudo cuchillo trinchador de carnes.

La larga y afilada hoja, penetrando por la espalda en la paletilla izquierda, seccionó arterias vitales...

En pie, temblorosa, Arlette d'Arsonval mantenía las dos manos contra sus labios, para impedir que se oyera el grito de terror que iba a lanzar, ante lo inesperado...

Marcel Dangers acercóse;

—Trata de no ser estúpida, cielo. Es la gran oportunidad. Mientras yo leo las tablillas, tú limpiarás el suelo, envolverás a este buen hombre en una sábana, y...

—¡Lo encontrarán!—susurró ella.

—Yo sabré hacerlo desaparecer. Recuerda. Vino a visitarnos, y dijo que regresaba al continente.

Ella, temblando, miraba como fascinada el cuerpo inmóvil:

—Apresúrate, encanto. Me asquea la sangre. Y por cierto, para tu tranquilidad, debo confesarte que no es la primera vez que hago

esta clase de trabajo. Recuerdo que la última persona sorprendida, fue una hermosa española de largas trenzas. La estrangulé con ellas y murió placenteramente, porque me estaba besando. Tú no tienes trenzas, pero tu cuello es delicioso, Arlette. Frágil, redondo atractivo... Vete tomando calma, vida mía. Estamos embarcados en la misma gran oportunidad. La mortaja do este buen hombre será mi mortaja de vividor, porque, ya ricos, nos casaremos. Estamos unidos ya por esto charquito de sangre que va extendiéndose bajo el pocho de Aloys Mandrin. Limpia el suelo cuidadosamente después de llevártelo.

—No puedo yo sola.

—Bien. Tú por los pies, yo por los sobacos. Primero le quitaré sus alforjas, que no las necesita para este viaje.



Marcel Dangers, leída la última tablilla...

Tres horas después, Marcel Dangers, leída la última tablilla—muchas de ellas apenas lo interesaron, por ser descripciones poéticas—, dio varios golpes con el índice sobre las amontonadas cortezas escritas:

—Oro y perlas.

—¿Tú y yo solos?

—No. En el sitio donde aguardan las amazonas para conducirnos al Edén, llegaremos como embajada del Residente portando la tablilla contraseña. Llevaremos magnífica escolta.

Mostró las perlas y los saquitos d«oro, extraídos del fondo de las alforjas.

—En el Maroni, la región de la Guayana francesa, encontraremos un centenar de lobos.

—¿Les dirás...?

—No soy tan imbécil como puedes creer, cielo. Les pagaré soldada, porque soy cobarde, y para aventurarme por tierras desconocidas, quiero escolta. Además, una embajada es siempre numerosa.

—¿Qué les dirás a ellos?

—Que soy explorador. Y que hay oro. Que el Residente nos envía come avanzadilla. Una vez allá yo te juro que dos caballos y alforjas con perlas y oro para el señor Residente, nos bastarán. No me ciega la codicia. Me bastarán con esas alforjas repletas de perlas y oro. Si los demás quieren quedarse, allá ellos. Pero te aseguro que esta gran oportunidad no la perderé.

—¿Una mujer en esta expedición no constituirá un riesgo para ti, Marcel?

—Es para mí lamentable reconocer que el hombre tiene el buen o mal gusto de anteponer la primera pasión de la codicia a la atracción femenina. Ante el oro, todo hombre piensa primero en atesorarlo, seguramente con la inconsciente obsesión de que una vez rico toda mujer se le rendirá.

—Muchas mujeres hay que si no es por amor no...

—No es momento de entrar en banales fantasías, Arlette. Debemos preparar el equipaje, y fletar *brick* que nos lleve al campamento del Maroni.

* * *

En 1667, por la paz de Breda, le fue otorgado a Francia el territorio de la Guayana comprendido entre el río Maroni y la frontera portuguesa del Brasil.

Agitados fueron los primeros años del establecimiento de fuerzas francesas en aquella salvaje región.

Varias veces los ingleses atacaron, tomaron y volvieron a

abandonar el terreno.

En otras ocasiones fueron los holandeses vecinos quienes efectuaron incursiones. Pero desde 1701, la Guayana francesa permaneció ya bien custodiada y defendida en poder de Francia.

El río Maroni actuaba de frontera ton Holanda, y a la vez allí establecióse la primera ciudad con visos de tal: Maroni.

En ella pululaban aventureros de todas las clases. Todos en común tenían una ambición: enriquecerse con las posibles riquezas de que tanto habían oído hablar.

Formaban equipos y partían hacia el Este o hacia el Sur. Ninguno regresaba.

Y por eso dióse en llamar al interior, “la tierra de donde nadie vuelve”.

Pero la codicia del oro, acuciaba permanentemente a aquellos que vegetaban en Maroni.

La elocuencia de Marcel Dangers, su porte, y el dinero que entregó, hicieron el resto.

Fuertemente armados y jinetes de resistentes caballos, ochenta y tres forajidos formaron la escolta para el supuesto explorador que en nombre del Residente de la Martinica iba a emprender el peligroso viaje hacia la tierra del Amazonas.

En el sitio indicado aguardaban once mujeres a caballo con coraza de oro y portando arco y venablos.

Parlamentó Dangers mostrando la tablilla contraseña. Las once amazonas, ignorantes de lo que sucedía en el estado natural de Río Branco, mientras allí habían estado aguardando, formaron la avanzadilla que fue conduciendo a los exploradores hacia el tesoro de perlas y oro meta de su viaje.

PRIMERA PARTE

LO QUE NO PUDO PREVENIR TUMUC HUMAC

CAPÍTULO I

Cuatro prisioneros

Tahua Chunca, “Cuarenta Otoños”, reina de las Aycha, descendió de su montura. Al igual que la amazona que recogió las riendas, Tahua Chunca lloraba.

Alta, gruesa y levemente bigotuda, el llanto en nada favorecía su semblante. Debía estar bajo los efectos de un intenso dolor sincero, porque su habitualmente actitud casi viril, era reemplazada por un desmadejamiento de todos sus robustos miembros.

Por doquier resonaban las conchas cuyo especial ruido sonoro y grave, era el que indicaba que las reinas de cada grupo de amazonas, iban a reunirse.

Pronto en la explanada elegida a este objeto halláronse congregadas las distintas reinas.

Tahua Chunca era, entre ellas, la qué por más edad, debía presidir los debates, siendo su dictamen el que prevaleciera.

Cada reina ocupaba un sitio relevante en medio de su séquito de once Damas del Arco.

Tahua Chunca, con voz que progresivamente fue afianzándose, expuso el motivo de la reunión:

—Aquí donde los oídos de los enanos no pueden escuchar, debo comunicaros la más desgraciada de las noticias.

Pero el llanto en todos los rostros demostraba a las claras que la noticia habíase propalado rápidamente entre las Damas del Arco, produciéndoles gran aflicción.

—Tumuc Humac, nuestro bienhechor amigo, nuestro padre, nuestro consejero, ha muerto.

En la explanada, por unos instantes, reinó el rumor de contenidos sollozos…

—Cuanto hizo Tumuc Humac, escrito quedó en tablillas que en

largo viaje llevó el capitán Aloys Mandrin a tierras lejanas. Escrito estará quién habrá de suceder en el reino supremo al que nos ha abandonado. Mientras, cada una de nosotras es libre de tomar decisiones propias, pero todas juntas debemos velar continuamente, porque cuando los enanos sepan lo sucedido, tratarán de saciar el odio que nos tienen. Lo intentarán, porque ya no existe Tumuc Humac, para mantener la paz entre ellos y nosotras. Debemos estar unidas y preparadas. En este Edén creado por Tumuc Humac, no reinará la completa paz hasta que no queden exterminados todos los jíbaros. Volved, pues, a vuestros reinos, y esperad vigilantes. Cada una de vosotras es reina libre, que sólo acatará el consejo del hombre que fuera elegido por las tablillas como sucesor de Tumuc Humac y designado por éste mismo.

Separáronse las reunidas.

Tahua Chunca, cuando llegó a sus dominios, penetró en una choza, donde un prisionero demacrado estaba tendido, con exteriores muestras de laxitud y desfallecimiento.

La que antes había hablado imperativamente, con hosca decisión y escasa feminidad, supo ahora dar a su voz inflexiones suaves, amantes y casi suplicantes:

—Sigue alentando en tu mirada rencor hacia mí.

El prisionero, Joaquín Pons, era ecuánime. Por eso con voz débil, expuso su parecer.

—No siento rencor contra ti, Tahua Chunca. Es contra el destino que me obliga a permanecer.prisionero en espera de la decisión de Tumuc Humac, quien debe dictaminar si puedo ser tu esposo, o debo servir de juego a los jíbaros.

—Tumuc Humac ha muerto.

Incorporóse el catalán, quedando Dentado en el lecho, donde le retenía el ancho cinto que rodeaba la armazón estrechando su cintura, y las correas que también sujetando sus tobillos, cerrábanse bajo el camastro, el lugar imposible de alcanzar con sus manos.

—Repite—dijo anhelosamente.

—Tumuc Humac ha muerto—replicó ella, dócilmente.

—¿Quién, pues, gobierna ahora?

—Nadie.

—¿De quién depende mi suerte?

—De mí.

Una ancha sonrisa esclareció el semblante del catalán. Y no hubo necesidad de más palabras, porque ella iba quitando las ligaduras al prisionero.

Y por vez primera, en las demostraciones de cariño de Joaquín Pons, había un tanto por ciento de gratitud.

Era libre, y había evitado lo que en las largas horas de espera había constituido para él un constante tormento: la idea de que por decisión del ahora fallecido, fuera entregado a los cortadores de cabezas.

Y casi encontró hermosa a la enamorada Tahua Chunca...

Una hora después, rodeado de todas las comodidades en la choza de Tahua Chunca, comiendo con voracidad y riendo espontáneamente, iba Joaquín Pons oyendo extraños relatos...

Uno de ellos suscitó en él repentino interés:

—...también otros tres prisioneros esperaban la decisión de Tumuc Humac. Fueron cogidos por los enanos, que primero les creyeron osos pardos de las montañas, dotados de voces y gestos humanos. Son tres hombreé blancos, fuertes y valientes. Alguna de mis damas quisiera verlos aquí. Sé también que Quisma Pichi, “Pájaro Azul”, la que ha sido desdeñada por un blanco que llegó recientemente. y partió, al frente de mil cien enanos para sitiar una fortaleza, deseaba solicitar de Tumuc Humac que los tres prisioneros, fueran esposos de algunas de sus gobernadas.

—¿Tres prisioneros?—inquirió Joaquín Pons, pensando en Cheij Khan, Diego Lucientes y Tartar—. ¿Sabes acaso el nombre de alguno de ellos?

—Chunca Huc, el mejor escultor de cabezas, es el único jíbaro que tiene amistad con nosotras. Él dice que esos tres prisioneros son hombres de rasgos sanguinarios. Pero son extraños, porque ríen mucho. Uno de ellos, habla, y los otros dos le acompañan en risas. Están atados en postes de tortura en espera de ser decapitados, y ríen...

—¿Cómo se llaman?—volvió a inquirir ansiosamente “Quim”.

—Entre ellos se dicen palabras raras. Una sobre todo que no entendemos.

—¿Cuál es?

—“Pencas”.

Rió alegremente el catalán y colocando su diestra sobre el ancho

hombro de Tahua Chunca, preguntó:

—¿Tú estás dispuesta a todo por complacerme?

—A todo.

—Esos tres prisioneros son amigos míos. Me entristecerá mucho y ya no tendré humor ni deseos de quererte, si supiera que algo malo les ha de suceder.

Sonrió la otoñal enamorada:

—Hablaré con Quisma Pichi. Ella rescatará a los tres prisioneros. Los jíbaros ignoran la muerte de Tumuc Humac. porque yo ordené atravesar los corazones de los enanos que escoltaban y portaban la litera de Tumuc Humac, cuando vi que éste había fallecido. Puede Quisma Pichi decir que Tumuc Humac le ha cedido los tres prisioneros. Si los enanos no aceptan la voz de Quilma Pichi, ella y sus Damas del Arco darán buena cuenta de los enanos. Pero yo quiero complacerte en todo, “Quim”. Tus tres amigos se salvarán.



—Yo opino que si esos renacuajos no nos han rebanado la nuez, es porque por el aquello de la verdad, no les gustan nuestras cocorotas para hacerse adorno de umbral, que dicen bien claro aquellos cráneos colgados y tan pequeños, que ellos cortan siempre que pueden. Por lo tanto, en mis claros argumentas veis, compadres, que si no nos han separado la sesera de la caja del pan, es porque no nos destinan a esta broma, muy de apreciar para los que la ven y río tanto para los que la aguantan.

Y el navarro, convencido de su elocuencia, dio una cabezada de aprobación a sus propias palabras.

Ocupaba un poste hincado en el suelo, contra cuyo madero estaba sólidamente atado.

A cada lado, Juan Pérez y Lucio Agudo ocupaban otros postes y en idéntica postura.

—Esas lombrices son graciosas—dijo “Juanelo”, mirando críticamente a dos jíbaros que a lo lejos, sentados, parloteaban entre si—. Les falta carne, pero les sobra pelambre y malas ideas. Veamos, Lucio, tú que eres algo sabidillo ¿Por qué nos tienen tanto tiempo en salmuera? ¿Qué piensan hacer con nosotros?

—Prefiero no pensar en ello. Estoy débil y me duelen todos los huesos.

—Yo opino que tú eres un tipo muy cómodo. ¿Qué quieres que

te den? Seguramente un blando colchón de plumas de ganso y soperas de vino con miel. Las frutas son muy sanas y el agua también.

—Sí, sí… Como que tú no echas de menos el tintorro de a bordo, y las cazuelas de carne con judías. Te dabas unos lotes que temblaba la cubierta… después.,

—Con ese ruido que rebota en el suelo y da en la nariz—puntualizó Juan Pérez.

Los tres prisioneros, debido a su natural carácter, habían ya olvidado sus primeros temores. Conversaban como si cuanto les había sucedido fuera normal y constituyera parte del diario vivir de todo ser humano.

—Lo que estoy yo anhelando volver a ver, es a las mozas de la coraza de oro—dijo, después de un largo silencio, Juan Pérez.

—¡Quién pudiera admirar otra vea a esas barbianas!

Y Juanelo rió el primero muy complacido. Los otros dos también, hasta que con un gruñido, Ambrosio Bustamante, jefe de grupo, impuso el silencio.

—Siempre estás pensando en lo mismo, Juanelo del diablo ¿Es que lo más importante en el mundo son las mujeres?

—¡Qué duda cabe! Tú que tanta historia, sabes, bien que lo sabes. La mujer es el cielo y el infierno. La mujer es la gloria por raciones… ¿O es que tú más te enamoras de ese mamarracho que se nos aproxima?

Un jíbaro portando frutas y una vasija, acercóse a los tres postes fue colocando frutas en las bocas de los prisioneros y después acercó la vasija a sus labios.

—Este botarate—comentó el navarro—parece un niño viejo, tan serio, dándonos de comer y de beber. ¿Cómo te llamas, botarate?

—Puzac—dijo secamente el pequeña salvaje.

—¡Anda la guasa!—rió Juanelo—. ¡Vaya nombrecito! Oye, Puzac adorado, ¿tú de español que tal andas?

—Es la lengua que nos enseñó Tumuc Humac.

—Feo gesto ese de enseñar la lengua, mocito. Dime, Puzac, además de traernos la pitanza, ¿por qué no nos enseñas tu lengua?

—Puedo.

—Venga, pues. ¿Qué significa Puzac?

—Él que mató a ocho españoles.

—Vaya. Esto se pone interesante. Y yo que he matado a un millón de chinches, ¿cómo me llamaría?

—Panta China.

Sendos lagrimones colgaron de los ojos de los tres prisioneros a efectos de la risa, mientras dignamente el jíbaro se alejaba de aquellos incomprensibles blancos, que siempre muequeaban en risotadas ruidosas.

—Panta China—repitió, temblorosa la voz de risas contenidas, el navarro—. Te sienta superior, Juanelo. Yo opino que eso de Panta China, tiene mucho de eso llamado abolengo.

Receloso, le miró ladeando la cabeza Juan Pérez.

—¿Abolengo?

—Raza, cuna, blasones,

Lucio Agudo tuvo un conato de sensatez.

—Deberíamos dejarnos de necedades y ver lo que estamos viendo. Esto terminará mal. Estamos prisioneros.

—¡Qué listo es mi compadre!—fingió admirarse Juan Pérez—, Después de meses de estar amarrado, deduce que estamos atados. Siempre dije que en ti había un talento oculto, Lucio.

—Yo opino que tiene razón nuestro jefe. Cuando veas las cosas malparadas, no lloriquees. Sácale punta a todo y como decía el señor Lucientes: "Si un puñal se te hinca en el cuello, piensa, no en que lo más seguro es que "espiches", sino en lo gracioso que es que la punta sea fría y haga cosquillas". O sea, que punto en boca a los pensamientos que de— nada sirven y a tomarnos las cosas...

—¡Las cosas que veo!—gruñó, brillantes los ojos, Juan Pérez.

En el espacio donde durante el día varios jíbaros hincaban los postes coa sus prisioneros en el suelo acababan de aparecer tres jíbaros, precediendo a tres amazonas.

Una de ellas, alta y flaquísima, miró a Juan Pérez.

Tendió su largo brazo derecho.

—Este—dijo tan sólo.

Uno de los jíbaros aprobó en cabezada. Pero tanto los jíbaros como las amazonas, estaban en actitud poco amistosa.

Veíase que entre ellos reinaba la discordia...

La alta amazona, acercóse más a los tres postes.

—Tumuc Humac decide que esos tres hombres sean esposos de las Damas del Arco que los elijan.

—La decisión de Tumuc Humac nadie la enmienda, ni nadie la altera—dijo sentenciosamente el viejo jíbaro.

Juan Pérez miró a la que, aproximándose más, dijo:

—Yo soy Mayu Cocha.

—Yo soy Juanelo—dijo, absorto, el pirata.

—Serás libre y vendrás conmigo, para que mi reina Quisma Pichi permita nuestro enlace.

Juan Pérez vio cómo un jíbaro se acercaba con el machete en posición agresiva. Pero la hoja acerada fue cortando las ligaduras.

Entumecido, el pirata cayó sentado, frotándose los miembros largo tiempo atados.

Otra de las amazonas avanzó deteniéndose ante Ambrosio Bustamante. Era menuda y rechoncha.

—Yo soy Churi Inchie.

—"Pencas"—dijo secamente el navarro, porque no sabía lo que estaba sucediendo.

—Tú serás mi esposo, cuando lo permita Quisma Pichi.

Otro jíbaro cortó las ligaduras del navarro, mientras la tercera amazona avanzando saludó a Lucio Agudo:

—Yo soy Sisac Yana.

—Lucio Agudo, tu servidor.

Instantes después, los tres piratas, hombro contra hombro, permanecían inquietos y asombrados, mientras las tres amazonas, instruidas por Tahua Chunca, alzaban el brazo diestro en señal de concordia y una de ellas, decía:

—Todo sea por el mayor bienestar que nos desea Tumuc Humac.

—Tumuc Humac nos ampara—replicó el caudillo jíbaro.

—Venid—dijo una de las amazonas.

Se dirigía a los tres piratas, pero al igual que sus dos compañeras vigilaban a los jíbaros que iban congregándose.

En la cercana loma, otras amazonas montadas, vigilaban...

—Vamos — apremió el navarro—. Eso me huele a chamusquina, pero estamos piernisueltos.

Siguieron en pos de las tres amazonas, también dispuestos a todo. Ya el navarro había elegido a un jíbaro, como primera presa, en caso de ruptura de hostilidades.

Presentía certeramente la reinante hostilidad...

Pero llegaron sin contratiempos a la loma.

—¡Qué cosas!—murmuró Juan Pérez, admirado.

La amazona alta y flaca, señaló un caballo.

—Los tres montad.

—¿Los tres en un penco?

—Los tres en un caballo.

Obedecieron los piratas y el caballo quedó encerrado por los, cuatro costados por las montadas amazonas.

Inicióse la marcha por el terreno de florida vegetación, surcado por pintorescos canales.

Ellas fueron separándose a medida que avanzaban.

Ambrosio Bustamante, el primer jinete, torció la cabeza:

—Yo opino, que sería necio picar taconazos. ¿Vosotros qué opináis de mí?

Lucio Agudo, el segundo jinete, sujeto a la cintura del navarro, expuso su parecer:

—No entiendo nada de nada, pero me va gustando esto.

—Yo digo que hay una rubia allá que está algo mareante. Parece una de esas estampas de...

—¡A lo nuestro!—gruñó Bustamante—. ¿A dónde vamos?

—Ya lo sabremos — dijo Lucio Agudo.

—Yo opino que hemos mejorado. Ya no hay postes, pero estas muchachas salvajes, nos vigilan.

—¿Salvajes? Hablan español muy bien. Y no son amigas de los renacuajos.

De pronto, frotóse Ambrosio Bustamante los ojos, como si viera visiones.

Junto a un canal, un hombre hacía ademanes con los brazos. Tras él, una amazona también a caballo tenía una estatuaria posición de majestuosidad.

—¡Es “Quim”!—gritó el navarro.

—¡Y seguro que es él! Yo también le veo.

—Eso ya no lo entiendo.

Las amazonas fueron deteniendo sus monturas y precedido por Tahua Chunca que habló sin ser oída por ninguno de los compadres, Joaquín Pons puso al trote el suyo para frenarlo al lado del ocupado por los tres piratas.

—¡Viva! — gritó incoherentemente Juanelo—. Tú eres “Quim”, estás libre y nosotros, también. ¡Explícate!

—Yo opino que hay algo extraño en todo esto—dijo sinceramente el navarro.

El catalán, después de estrechar las tres diestras, sonrió abiertamente:

—Tahua Chunca, mi esposa, me envía a que os explique cuanto sucede y lo que sucederá.

—¡A ello!

—Un país salvaje es este, pero gobernado estaba por un hombre que supo hacer las cosas bien. Determinó que esas mujeres, enemigas de los jíbaros, podían enlazar con prisioneros para propagar la raza. Si nacen varones los matan, Y si nacen hembras las cuidan amorosamente.

—¡Vaya bestialidad!—rió Juanelo.

Al igual que los otros, estaba radiante de contento.

—Yo me enteré que estabais presos. Y tuvisteis la suerte de que en vosotros se fijaran tres Damas del Arco. Os han elegido por esposos.

—¿Eh?—exclamó Juan Pérez—. Repite eso.

—A ti, Juanelo, te ha elegido Mayu Cocha, que quiere decir “Río que va al Lago”.

—¿Ese arenque sin carnes y sólo espinas? ¡No trago!—protestó, acalorado—. Prefiero el poste...

—¡Aquí mando yo en ti!—rugió el navarro—. Soy el jefe de grupo, y mientras vemos forma de poner pies en polvorosa, tú te casas con la Mayu o te deslomo.

—Claro, a ti te tocó una muchacha redondita y sabrosa. ¡Maldita sea yo! —Y Juanelo miró desconsolado hacia la que se destacaba de todas las demás por su alta talla y flacura—. Bien sabéis que a mí me gustan rollizas y lustrosas.

—¡A callar-!—ordenó el navarro—. Continúa, “Quim”, que tú eres un compadre talentudo y que vas a lo práctico.

—Tú has sido elegido por Churi Inchie, que significa “Manzana Dorada”. Ella y las otras dos, pertenecen a la tribu de Quisma Pichi. Tu futura mujer, Lucio, es Sisac Yana, “Flor de Noche”. Esta es la situación. Tenemos que aceptar. Es la única posibilidad de darnos al escape, cuando haya ocasión. Ha muerto el jefe de todos y seguramente cuando los jíbaros, que aun no lo saben, se enteren, empezará la danza. Tanto ellas como los cortadores de cabezas, se

han soportado mientras imperaba el llamado Tumuc Humac. Ahora no tardarán en estallar las luchas. Y cuando la gente pelen, los listos saben escurrir el bulto. ¿Lo veis bien claro?

—Hablas sabiamente, “Quim”. Ahora nos interesa comer carne, reponer fuerzas y estar dispuestos a darnos el olivo, a la que se presente buena ocasión. Yo opino, que esto va muy bien.

Sólo Juan Pérez emitió un quejido lamentable, mirándole nuevo a lo lejos, hacia el grupo de amazonas, donde, se destacaba la flacura de la poco agraciada Dama del Arco que respondía al poético pero inextricable apelativo de “Río que va al Lago”.

—¿Lograste, dar el mensaje al señor Lucientes?—preguntó el catalán.

—No. Esos renacuajos, quitándonos las pieles de oso que quemaron también, convirtieron en cenizas el mensaje. Pero, seguramente, lo consiguió “Fierabrás”.

—“Fierabrás” y los otros dos dejaron las cabezas en manos de los jíbaros,

—Mala suerte. ¿Y tus dos compadréis?

—Las amazonas los mataron, porque estaban peleando conmigo y yo me salvé porque Tahua Chunca, la reina de las Aychas, se fijó en mí, y le gustó... dice... mi juventud, mi brío y mi decisión.

—¡Guapo que es el mozo!—suspiré Juanelo.

—¿Por qué peleabas con “Soñera” y “Carpanta”?

—Les dio miedo y querían volver a la llanura del molino, sin cumplir la orden de nuestro jefe.

—Bien muertos están, pues, opino yo. Oye, “Quim”, ya que tú estás de cariñito de la reina de esa bandada de mujeres raras, deberías proponerle que nos permitiera estar juntos...

—No podremos. Cada tribu vivé separada. Pero esta noche estaremos juntos hasta mañana. Después, ya, veremos el modo de reunimos. El todo está en que cada uno de nosotros procure ablandar a sus respectivas esposas,

—¿Quién ablanda a aquello?—gimió Juanelo—. ¡Si es todo hueso y cara de vinagre!

—Más fácil te será—rió “Quim”—. Lo esencial es que penséis en la realidad: los otros cinco han muerto. Nosotros estamos, en pie y pronto volveremos a pisar la cubierta del “Aquilón”. Todas las noches sueño en ello.

—Y yo.

Acercábase Tahua Chunca y para consolar a Juan Pérez, Joaquín Pons dijo:

—Verás, Juanelo, que mi esposa no tiene nada de hermosa.

—Comparada con la que me ha captado es bocado dulce. ¡Maldita sea yo!

Los cuatro miraron a “Cuarenta Otoños”, que dijo:

—Sabéis ya lo que mi esposo os ha contado. No sois prisioneros, pero no debéis pensar en huir. En ninguna tierra hallaréis el Edén que Tumuc Humac creó con su buena y generosa alma.

Los cuatro piratas, poco después, en fraterna reunión, dedicábanse a, satisfacer la más premiosa necesidad: comer carne y beber jugo de uvas silvestres.

Capítulo II

En el reino de la Urpí

—Nunca en peor situación nos vimos, guapetón. No hay peligro de muerte inmediata, somos tratados a cuerpo de rey por delicada y a la vez fuerte doncella, y, sin embargo, nunca estuve tan al borde de la desesperación. Habla, don Marcelo. Tus perogrulladas me confortan, porque eres mi sombra buena.

—Yo, señor, te veo extraño.

—Nada extraño veo yo. Muchas veces hemos estado atados, prisioneros, y amenazados de suerte imprevisible.

—Pero reías, retabas y nada te desesperaba.

—Tienes razón. Pero es que nunca tampoco anhelaba tanto verme libre.

—A veces, señor, me pregunto por qué tanto interés tienes en dar caza al señor Lucientes.

—Porque él lleva consigo mi mejor tesoro—Y el Pirata Negro, dilatados los ojos trató de sonreír: —No quiero explicarte el motivo de mi desazón, porque entonces tú serías el que ardería de impaciencias. Tratemos de ver claro, viejo. Somos prisioneros. Tumuc Humac, no sé por qué, siente enemistad hacia mí.

Marchóse, dejando pendiente la amenaza de que decidirá mi suerte cuando se le antoje. Por otra parte, está Nina Huarmi, la reina de ese poblado.

—Te quiere, señor.

—¡Hay cariños que matan! Si me quiere, mal lo demuestra. Dicen los códigos de amores, que mujer queriendo, antepone a todo, el deseo de su elegido. La naturalidad de las costumbres que aquí rigen, no vence el respeto que Nina Huarmi siente pon las decisiones de ese Tumuc Humac, que malas digestiones le enturbien el sueño. Es humillante nuestra situación don Marcelo. Reyes del

mar fuimos y aquí estamos pendientes de la decisión de una vieja momia ilusa, que pretende crear un reino pacífico, injertando esposos aventureros en su raza de amazonas impetuosas, pero dóciles al mandato de la autoridad consejera, que se impone al imperativo natural de sus enamoramientos.

Estaban en la choza sentados a distancia, amarrados con habilidad, y odiando ya hasta el color de las jugosas frutas que tres veces al día les servía con abundancia Nina Huarmi, la juvenil reina de grises ojos acerados, que sólo se dulcificaban al mirar al Pirata Negro.



—Si fueras libre, ¿qué harías?

Nina Huarmi hizo su aparición. No llevaba nada entre sus manos y como si estuviera cohibida sentóse en rústico escabel, ante el Pirata Negro.

Carlos Lezama a tuyo un arranque de sincera amabilidad.

—Perdona, muñeca. Ayer estuve grosero contigo. Debes

comprenderlo. Es exasperante para mí, permanecer inmóvil. Estoy mal acostumbrado, y saberme prisionero de una mujer, por más linda que, sea, no deja de enojarme.

—Te, tengo miedo—dijo ella, con voz tenue.

—¿Por qué? Estoy anclado, sin poder moverme.

—Si tus brazos pudieran ayudar a tus piernas libres, morirías, porque es impetuoso tu carácter y mis amazonas atravesarían tu cuerpo al igual que el de tu hombre.

—Lo que me enoja, muñeca, es estar preso

—Si fueras libre, ¿qué harías?

—Acariciar tus sedosos cabellos, por haberme dado libertad

—¿Qué más?

—Decirte por qué caí prisionero.

—Dímelo.

—Déjame acariciar tus cabellos.

—Tengo miedo.

—¿Por qué?

—Tus ojos brillan mucho.

—Son así, cuando te miran.

—Son así, cuando el hombre quiere matar.

—Escucha, reina de las Urpí. La ley que yo respeto por encima de todos, es la que impone el código de virilidad, ¿Qué daño puedes esperar de mí siendo mujer? Si yo fuera libre, sería feliz. Todo mi deseo sería verme con quien anhelo.

—¿Una mujer?

—Un hombre, al cual me une gran amistad y otro, del cual me separa un error. Es para mí más preciado que mi propia vida, reunirme con esos dos hombres, que sé están en este territorio de leyenda. Pero, ¿a qué contarte eso? Tú obedeces ciegamente a Tumuc Humac.

—Tumuc Humac ha muerto.

El Pirata Negro tardó unos instantes en reponerse de la repentina esperanza que invadía su mente.

—¿Quién manda, pues, en ti, ahora?

—Sólo tú… Pero vacilo en darte libertad.

—Eres muy niña, Nina Huarmi, joven fuego latente para poder adivinar que nunca hubo ante ti hombre que, como yo, estuviera dispuesto a todo, para tranquilizar tus recelos. Déjame explicarte

quién era yo. Era un hombre con mucha autoridad y lo abandoné todo para internarme ea esta tierra que los de allá llaman tierra embrujada y maldita, porque nadie regresa de ella. ¿Por qué lo sacrifiqué todo? Por reunirme con dos hombres.

—La amistad es fuerza grande. Yo soy la reina de las Urpí, y si ellas no ven en ti ímpetu de luchador, sino intención amable hacia mí, puedo darte libertad. ¿Corto tus ligaduras?

—Aun no—y sonrió el Pirata Negro—, Hay temor en ti, Nina Huarmi. Y quiero que desaparezca. Tanto mi hombre como yo, no nos levantaremos libres de cadena, hasta que tú vengas aquí, por convencimiento íntimo de que ningún mal quiero para ti ni para tus amazonas.

—Cuando lo deseas tu voz es acariciante.

—Lo sería siempre, si por tu mediación consiguiera yo reunirme con mis amigos.

—Lo será.

Levantóse ella, y acercóse. La diestra del Pirata Negro se posó en sus largos cabellos de color castaño.

Cuando no sintió la presión de lianas, continuó sentado el Pirata Negro, pero enlazando por el talle a su liberadora.

Ella reclinó su cabeza contra el hombro masculino.

—Mi destino está en tus decisiones, Carlos.

—El mío en tus sonrisas, Nina Huarmi.

—Es muy dulce para mí oírte llamarme muñeca.

—Tú puedes ser mi guía ahora, muñeca y debes serlo. Te explicaré los hechos anteriores a mi llegada aquí. Yo mando en muchos hombres. Nueve de ellos siguieron la pista de mis amigos. Me dijo Tumuc Humac que algunos murieron. ¿Lo sabes?

—Cinco perecieron.

—¿Los otros?

—Están presos.

—Son amigos míos.

—Míos lo serán.

—Debes saber dónde están. Pero antes, debes indagar dónde están los que Tumuc Humac llamó Runa Cupay y Runa Cuntur.

—El Blanco Demonio y el Blanco Salvaje.

—¿Por qué así son llamados?

—Uno, porque tiene cabellos rojos y tuerce la boca, con mueca

extraña y tiene en la frente una roja marca.

—Diego Lucientes.

—Reina en poblado jíbaro.

—¿El otro?

—Es malo.

El Pirata Negro mordióse los labios.

—No lo es por corazón, sino por pesares, muñeca.

—Bebe sangre de gamos, pega a sus mujeres y será atravesado por venablos.

—Tú no lo permitirás.

—La reina con quien se desposó es Quisma Pichi. Ella sufre, pero sus amazonas matarán al blanco salvaje, pero parece tener fuego en los ojos y se aparta, buscando soledad, que es perdición.

—Debo reunirme con Runa Cupay y Runa Cuntur cuanto antes, Nina Huarmi. Y si para ti, mis deseos son desvelos, vuelve tan pronto sepas dónde he de encontrar a Runa Cupay y Runa Cuntur. También quiero reunirme con los cuatro hombres que obedecían antes mis mandatos. Ellos llevaban mensaje a Diego Lucientes. Es para mí tan necesario como el aire que respiro y como ver tus ojos cariñosos, el saber lo que te pido. Hazlo y yo le doy mi seguridad, de que no me moveré de aquí hasta tu regreso.

Nina Huarmi levantóse, y al hacerlo el Pirata Negro, quedó ella con la cabeza apoyada sumisamente contra el pecho atlético.

—Si yo tranquilizo tus ansiedades, tú tranquilizarás las mías, porque siento cuando estás cerca, que sólo en ti está mi felicidad.

—Este es el Edén, muñeca y lo será para ambos.

Marchóse la reina de las Urpí y entonces procedió el Pirata Negro a liberar.a “Cien Chirlos”.

Al ver levantarse a su lugarteniente, bamboleándose sobre las vacilantes piernas entumecidas, emitió el Pirata Negro una sonora carcajada.

—¿Oíste, viejo? Runa Cuntur. El Blanco Salvaje. Bebe sangre caliente, pega a mujeres. Mal camino. ¡Pero aquí estoy yo para impedirlo! Sí, viejo… No me mires con recelo, como si me hubiera vuelto repentinamente loco… “El Chacal” es una fiera muy agradable. Tiene una risa simpática, si no es maltratado… ¡Yo quiero que este chacal ría feliz! ¡Y aunque sea a puñetazos, he de hacer de él un chacal reidor, que ame la vida y todo cuanto de

bueno tiene la existencia! ¡Estamos libres, don Marcelo!

—Los venablos. No tenemos armas señor.

Volvió el Pirata Negro a reír alegremente. Pasóse la mano en gesto burlón por su propio rostro...

—Sonríe, viejo gruñón. Contempla mi perfil apolíneo, que es eso que tienen las estatuas griegas que representan el ideal masculino. Charlemos un poro para distender los miembros y el comezón impaciente, mientras regresa Nina Huarmi. Tú no eres ciego, y has oído a la par lo que habla la tórtola.

—Está enamorada de ti, señor.

—Podría yo decir qué es porque soy irresistible. Pero en esta materia soy modesto. ¿Sabes lo que sucede? Una cosa que le oí exponer a un mercader veneciano. Decía que el producto o género sube de precio cuanto más escasea. Y un economista hablaba de leyes de oferta y demanda. Si tú por ejemplo cayeras en isla habitada por mujeres donde no hubiera hombre ninguno... ¿qué pasaría, guapetón?

—Las mujeres me huirían... porque no les gusto y poco que se me importa.

—Te elegirían rey y a la fuerza deberías ser amable con ellas. Estoy eufórico, don Marcelo. ¿Sabes por qué Nina Huarmi me adora? Porque escasean los caballeros de estatura y proporción, abundando, en cambio, los jíbaros enanos, enemigos de las damas. No siento vergüenza ante la muñeca, porque yo nada hice por enamorarla. Y si ley fatal le ha impuesto una saludable desilusión... yo no tengo más que una meta: impedir que el Chacal se convierta en pasto de venablos, persistiendo en fierezas reprobables.

—¿Por qué tienes tanto interés en el árabe, señor?

—Pronto lo sabrás.

—Hay intenso goce en tus ojos, señor.

—Más lo habrá a no tardar, si, como espero, puedo lograr que Nina Huarmi me sea propicia en todo. Y ahora, libres, creo que si intentáramos dormir, para recobrar fuerzas, estaríamos pimpantes y “pizpiretos” al regreso de Nina Huarmi.

—No entiendo tu felicidad señor, pero me causa placer. No es purgue estés libre, que ya mucho te acostumbraste a reveses y ventajas de tu estrella, siempre buena. Ahora que yo quisiera decirte una cosa, señor.

—Venga—aceptó el Pirata Negro, tendiéndose sobre el suelo, como si fuera blanda yacija.

—Hubo una vez en que tú hablaste de un “demonio del crepúsculo”.

—Sí. Ese demonio que acecha al hombre ya con un pie en la vejez, pero que se conserva arrogante, fuerte y de corazón joven.

—Dijiste que era peligrosísimo para esta clase de hombres, el arrullo prometedor de jovencita gacela.

—Tate…—y el Pirata Negro arqueó las cejas—. ¿A dónde vas a parar?

—Tu esposa, mi señora, espera tu regreso allá en Fuerte Esmeralda.

—¿Y qué?

—Enójate, pero yo he observado que al acariciar los cabellos de Nina Huarmi eras sincero.

—A nadie le amarga un dulce, so borrico. Pero sólo tengo una dueña de mi ternura, y es Mireya. ¿Lo pones en duda perillán?

—No. Pero… la amazona es bonita en lo que yo de mujeres entiendo… y tú no eres ya el Carlos “saltabalcones”. Enójate, pero esta es la verdad. Puede alentar el demonio del crepúsculo en tus venas.

—Ya que estás hablando de eso, te definiré mi carácter, porque pareces ignorarlo… o acaso lo conozcas demasiado bien. La ternura, esa cualidad tan precisa, únicamente la he hallado en mi esposa, tu señora. No te negaré que a instantes, soy sensible al encanto de otras, pero sólo una cuenta: Mireya. Y ahora sólo una cosa cuenta: verme pronto ante el Chacal.

Terminó la conversación y horas más tarde, ninguno de los dos supo que habían dormido profundamente, sin inquietudes, por largo espacio.

Abrió los ojos, Lezama para saltar en pie.

Nina Huarmi vino a apoyar su cabeza contra el pecho del que, acariciando sus cabellos inquirió:

—¿Sabes ya lo que deseo saber?

—Los cuatro prisioneros son libres, Tahua Chunca ha elegido por dador de vida, al llamado “Quim”. Mayu Cocha eligió a uno que los demás llaman Juanelo, Churi Inchie…

—Bien. Los cuatro están libres. ¿Dónde?

—En el poblado de Tahua Chunca. Esta le espera, porque tú deseas ir, ¿no es cierto?

—Así es. ¿Runa Cupay y Runa Cuntur

—Se fueron… Me haces daño…

—Perdona… ¿A dónde fueron?

—Al mando de mil cien jíbaros partieron hacia el Oeste.

—¿Para qué?

—Iban a pie, porque sólo nosotras, poseemos caballos. Arrastraban redondos aceros que dicen vomitan fuego y muerte. Llevaban al hombro otros aceros más pequeños…

—¿Dónde están?

—Quedó en el poblado un solo jíbaro, ya viejo para andar. Dice que Tumuc Humac les ordenó poner cerco a una fortaleza española.

—¡Debo reunirme con ellos! ¡Tú tienes que ayudarme!

—¿Cómo?

—¿Cuántos jíbaros son?

—Mil cien.

—¿Cuántas amazonas te obedecen?

—Ciento diez,

—Quiero dar alcance a los que han partido al Oeste.

—El viejo jíbaro dijo que muy al Oeste está la fortaleza. Siempre al Oeste. Mis amazonas pueden seguir el rastro, porque los aceros que arrojan fuego, aplastarán flores y hierbas.

—Hablaste antes de Tahua Chunca, una reina. ¿Vendría con tus amazonas?

—Ella es esposa del llamado “Quim”.

—¿Puedo hablar con “Quim”?

—Yo te conduciré a donde están reunidos los cuatro que te obedecían.

Capítulo III

Trescientas treinta amazonas...

—¡Despierta! ¡Pronto! ¿No oyes?

El apremio y las sacudidas con que Juanelo trataba de sacar de su modorra a Ambrosio Bustamante, obtuvieron resultado.

Púsose en pie el navarro con los puños preparados a repeler cualquier agresión. No viendo en la choza más que a sus tres compañeros, frotóse los ojos.

Resonaban en la noche los graves y roncos bramidos de conchas transmitiendo señales.

En el umbral de la choza, asomaban las cabezas, Lucio Agudo y Joaquín Pons.

La penumbra del poblado de Tahua Chunca sólo era aclarada a trechos por antorchas resinosas.

—¡Qué cosas!—exclamó Juanelo, asomando por encima de las otras dos cabezas, la suya.

Cuando cesó el rumor de las conchas, muchas amazonas congregáronse alrededor de dos, que a caballo hablaban alternativamente.

—¿Qué estarán discutiendo? Yo opino que debemos salir.

—No—atajó el catalán—. Dijeron ellas que mañana al amanecer nos separaremos, pero que esta noche de aquí no podemos salir. Y... ¡atrás, que veo visiones!—gritó de pronto, el catalán, retrocediendo asombrado.

Al hacerlo, chocó contra les otros tres, apretujados tras él. Y ahora fue Juan Pérez el que gritó:

—¡Es él!

—Yo... opino... que sí..

El Pirata Negro a pie, seguido por "Cien Chirlos", y teniendo a su lado a Nina Huarmi, que había ya salido del círculo de

amazonas, dirigíase liada la choza ocupada por los cuatro piratas..

—Mañana al amanecer, si tus hombres lo quieren, se agregarán a mis amazonas; las de Tahua Chunca y Quisma Pichi. Esta querrá, porque ama a Puna Cuntur y anhelará reunirse con él. Pueden tus hombres oír tu voz. Si ellos quieren, trescientas treinta amazonas, seguirán el rastro de los mil cien jíbaros que por vez primera han salido del Edén de las Mariposas.

—Tu dios te bendiga, Nina Huarmi. Eres mi ángel bueno y rebosa mi alma de gratitud hacia ti, porque estás proporcionándome todo cuanto deseaba y ya no creía lograr. Ahora hablaré con esos que allá asoman lo que, parecen rostros. Después, contigo me reuniré.

Los cuatro piratas, en el interior de la choza, habíanse alineado al fondo.

Acostumbrados a las sorpresas, también ahora habían reaccionado ya ante la inesperada aparición de su jefe.

Y adoptaban la postura que en cubierta del “Aquilón” les hacia esperar los anhelados parlamentos...

El Pirata Negro avanzó, seguido por “Cien Chirlos”. Apoyaba los dos puños en las caderas. Sonreía...

—Hola, valientes. Hemos vivido la más inverosímil aventura, que nunca contaremos porque nadie la creería. Le pasó igual a un tal Orellana cuando habló del caudaloso río desconocido en cuyas riberas trotaban damas con arcos. Me complace veros. Tú, Ambrosio Bustamante, eras jefe de un grupo de cuatro. Trata de no embrollarme con tus abundantes palabras, mal colocadas. ¿Diste el mensaje al señor Lucientes?

—No pude, señor. Lo quemaron los renacuajos junto con nuestras pieles falsas.

—¿Y tú, catalán?

—“Soñera” murió, pero antes hizo desaparecer el mensaje, escondiéndolo en matorrales, que no pude registrar porque Taima Chunca me hizo prisionero, señor.

—Bien, bien, buenos mozos... Habéis salvado la cabeza, porque, al parecer de cierta dama, sois preciosos. Tú has salido vencedor, Joaquín Pons. En algo se ve que naciste en tierra de buenos mercaderes. El simbólico flechazo se lo diste a “Cuarenta Otoños”, que es reina de este poblado, dónde hay ciento diez amazonas.

Vosotros tres pertenecéis al poblado de la que adora y suspira por su ausente marido, el que conocemos por el nombre de Cheij Khan y por el apodo de “El Chacal”. Ahora vamos a hablar de lo que a mí me conviene, que da siempre la casualidad es lo que también os conviene. Mil cien jíbaros, armados con culebrinas y mosquetes, han partido hacia una fortaleza lejana, con finalidad de sitiar, pero por causas que ignoro y que no me importan. Debido a que mi actual esposa provisional reina en ciento diez amazonas, dispongo de ellas como fuerza exploradora y de choque, por si los jíbaros no se acomodan a congeniar. Tú, Joaquín Pons, tienes el amor de Tahua Chunca.

—Dispón, señor, de ciento diez amazonas más.

—Queda, pues, Quisma Pichi, la cual, por reunirse con su verdugo de marido, que es “El Chacal”, se unirá a nosotros. Ahora bien; dando por seguro que disponemos de ellas, no debéis olvidar que, si hay combate con los jíbaros, el regreso hacia acá será difícil… porque no podemos huir. Tendremos que volver con ellas, o de aquí a entonces ver si hallo medio de cometer la forzosa falta de galantería que supone abandonar recientes esposas. Y no olvidéis que ellas son naturales, ingenuas y primitivas. Tal como eligen marido y solicitan mimos, también pueden resultar incómodas esposas, de difícil escape. Por el instante, iréis con cada grupo adecuado. Vosotros tres, juntos, y tú, con Tahua Chunca. En vanguardia irá mi reina… Después, ya se resolverá lo que vaya surgiendo. Vosotros, si sois interrogados, manifestad vuestro empeño en permanecer al regreso en esta maravillosa tierra. ¿Tienes algo que decirme, Juanelo?

—Ansío, señor, regresar al “Aquilón”.

—Todos allá iremos. Pero no te calo, Juanelo. Tú eres muy enamoradizo… Y aquí abundan las mujeres. Y faltan hombres. Eres feo con ganas, y, sin embargo, aquí serías irresistible. He visto a tu adorada. Es esbelta, cimbreante y cenceña. No te quejes. Salimos de ésta mejor que ningún caminante podría salir. Ahora que cada cual de vosotros trate de demostrar a sus respectivas mitades que la idolatra. Mañana, al amanecer, nos pondremos en camino.

Poco después, tras quedarse “Cien Chirlos” con los otros cuatro piratas, Carlos Lezama encaminóse hacia donde Nina Huarmi esperaba,

La luna ejercía su maléfico influjo, y el silencioso bosque, susurrante, a intervalos., de rumores de trinos lejanos y gemidos de fieras en celo, formaba ambiente, contra el cual luchó el Pirata Negro.

La blancura del semblante de Nina Huarmi resaltaba... Con pueril insistencia habló de las demás, que no velaban sus rostros a la caricia, del sol, bronceando sus rasgos, mientras ella, por consejo de un aventurero francés, celaba su rostro...

Y fue enterándose Lezama de que al frente de muchos poblados había franceses, los cuales, sin orden de Tumuc Humac, no abandonaban sus demarcaciones.

Supo también que Aloys Mandrin, el hombre de confianza de Tumuc Humac, había partido poco antes de la muerte de éste hacia lejana tierra, portando cuanto Tumuc Humac había estampado en las tablillas de corteza.

Mentalmente se tildó Lezama de héroe al saber resistir el encanto, primitivo por su naturalidad, que emanaba de Nina Huarmi, el joven fuego latente...

Lo achacó no sólo a innata caballerosidad, que le impedía abusar de la frágil enamorada ingenua, sine también a su quisquilloso deseo de no dar la razón a “Cien Chirlos”.

Él no podía sucumbir al “demonio del crepúsculo”... Por eso, cuando torpemente, en su afán de ser acariciada, Nina Huarmi, empinándose sobre la punta de sus sandalias, rozó su mejilla contra la hirsuta del Pirata Negro, éste, haciendo acopio de valor, y calificándose mentalmente de héroe, limitóse a apoyar sus labios en la tersa frente, murmurando:

—Al regreso a este Edén, muñeca, podré alentar los latidos de tu corazón... No debiste quitarte la coraza...

—A tu lado me siento amparada contra todo peligro. Tus brazos son fuertes y tus labios calman mi ansia de vivir siempre junto a ti.

—Eres muy joven, muñeca. Yo soy ya hombre de muchos años.

—Los años no tienen medida. Decía Tumuc Humac que el hombre que vive en continua lucha primitiva es joven, y también el hombre que recibe el cálido soplo de un corazón siempre despierto. Y el tuyo vibra junto al mío...

La levantó él en vilo, y en brazos fue a tenderla sobre blando césped, a la orilla del canal.

—Mañana, al amanecer, emprenderemos largo viaje, muñeca. Debo ahora dejarte descansar.

—No te vayas. No dormiré si no siento a mi lado el latir de tu corazón.

Resignado, tendióse el Pirata Negro... Respiró cuando, como una niña deseosa de no tener pesadillas, la amazona reina de las Urpí cogió entre las suyas la diestra masculina, y, apoyando su cabeza en el hombro de él, cerró los ojos...

—Tú me mandas dormir, y lo haré. Eres mi dueño.

—Felices sueños, muñeca.

Y cuando él cerró los ojos, fue para evocar la imagen de Mireya, su esposa. Comprendió que cuanto antes debía abandonar aquella tierra de paraíso, porque podría sucumbir al encanto fascinador de una existencia primitiva...

Y mentalmente formuló una extraña oración:

"Debes perdonarme, Mireya, por sentirme encariñado con esta muñeca. Es bonita, pero sólo tú cuentas. Y si la miro con agrado es porque, gracias a ella, pronto veré a mi chacal."

Al amanecer, trescientas treinta amazonas, a caballo, seguían el rastro, difícil de encontrar a veces, de la expedición que había partido para sitiar Fuerte Esmeralda.

Nina Huarmi cabalgaba junto al Pirata Negro, y, tras ellos dos, Tahua Chunca, junto a Joaquín Pons.

Más rezagados, Juanelo, Rucio y 'Tencas" cumplían lo ordenado. Demostraban idolatrar a sus salvadoras.

Ni al navarro ni al extremeño les resultaba difícil demostrar pasión. Pero Juan Pérez debía recurrir a pensar en mejores ocasiones, y lograba encandilar sus ojos, tras mirar a algunas de las acompañantes, para después mirar amorosamente a la avinagrada y esquelética Mayu Cocha, "El Río que va al Lago".

Fue un larguísimo viaje... Hasta que una amazona, a todo galope, vino a comunicar a Nina Huarmi lo que había visto desde alta cima.

Los mil cien jíbaros estaban circundando con empalizadas la colina, en la cual se erigía castillo.

Por la noche, y con elástica cautela de salvajes acostumbradas a deslizarse, las trescientas treinta amazonas fueron rodeando el bosque, ocupando distintos árboles.

Y, a media mañana, Carlos Lezama escribió con la exprimida savia roja de unos arbustos, y ayudándose con la punta de su puñal, encima de una blanda corteza:

> “Las Damas del Arco tienen antigua querella con los jibaros. Tumuc Humac ha muerto. Tengo que hablar contigo, Diego Lucientes. Camina al noroeste hasta que te salga al paso Nina Huarmi. Tú solo.
>
> "Conde Ferblanc.”

Dobló la corteza en varios cuadrángulos, atravesándola en la punta de un venablo que extrajo de un carcaj.

Desde su puesto de observación veía el lugar donde hablaban Diego Lucientes y “El Chacal”.

—Un venablo debe clavarse junto al tronco ocupado por el que llamáis Runa Cupay, el de los rojos cabellos. El segundo venablo, junto a sus pies, con intervalo que yo indicaré. Elige tu mejor tiradora.

Silbó el primer venablo, partiendo desde la copuda cima del árbol... EÍ segundo, con el mismo tino, clavóse en el lugar que el Pirata Negro indicó.

Minutos después, Carlos Lezama explicó a Nina Huarmi:

—Ya está próximo el que hacia acá viene. Acompáñale hasta aquí.

Nina Huarmi cumplió.

Cuando ante ella se detuvo el madrileño, ella dijo:

—Acompáñame, Runa Cupay. Soy Nina Huarmi.

—Bella guía.

—Esposa soy de Carlos, tu dueño.

—¡Repámpanos!... Eso se va aclarando. ¿Y dónde está nuestro dueño?

—Te espera junto al hombre del rostro lleno de cortes.

En el centro de un claro, Carlos Lezama, tras el que “Cien Chirlos” sonrió al ver aparecer a Diego Lucientes, arqueó sus cejas en gesto irónico.

Diego Lucientes contempló como desaparecía Nina Huarmi escalando un árbol mediante lianas trenzadas...

Acercóse, abierta la boca en amplia risa silenciosa…

—Hola. Runa Cupay.

—Hola, bígamo. Está bien elegida la que te eligió. Una perita en dulce.

—Trescientas treinta más, que no son tan peritas, sienten grandes deseos de matar a los jibaros que acaudillas.

—Yo, no. Los manda el Chacal.

—Buen mozo, el Chacal. Me emociona el verle allá, ceñudo y rabioso. No parece de buen talante.

—Me comunica que te comunique que, por las buenas, a todo se aviene; pero que a las malas, las amazonas, tus magnificas y apetitosas guerreras, sabrán que los jíbaros tampoco son mancos. El mozo está furioso, con razón… has llegado con toda oportunidad, para lo que él creé es estropearle… ¡Oye! ¿Sabes qué fortaleza es ésta?

—No lo supe hasta orientarme. Corresponde al señalamiento de Fuerte Esmeralda, Y si es así, y no puede ser de otro modo, allá en la sitiada fortaleza está mi esposa y está tu encanto de hija.

—No pregunto cómo has llegado. No inquiero cómo lograste mandar en tantas comadres que nos cercan, pero quiero que te des cuenta de algo… "El Chacal" está rabiando… El alcaide de la fortaleza no deja salir a mi hija. La tiene encerrada porque, al parecer, doña Gabriela sacó el geniecillo… Se dispone "El Chacal" a cometer algo malsano. Zocta, el caudillo jíbaro de los cien, empezaba a cavar con sus cien enanos la fosa que conducirá al castillo. Han pedido a cambio cien cabezas españolas. Y "El Chacal" ha aceptado. Quiere llevarse a Gabriela. Yo no pinto nada. Me vigilan cuatro jíbaros… Ahora no, porque están acurrucados. Esperan el ataque…

—Expones claramente la situación, don Diego. ¿Qué más?

—Yo me separé de ti… porque no sé explicarlo tan claramente, pero el caso es que le cogí afecto al mozo, como si cuando éste era chaval yo hubiera hecho buenas migas con él. Y él tiene también esta tonta idea sentimental. ¿Por qué sonríes así, hidalgo? Me complace verte… pero mal está la cosa. "El Chacal" pareció de nuevo ser un niño alegre cuando tuvo la certeza de que Gabriela le quiere. Pero el obstáculo del alcaide le enfureció, y ahora le enfurece tu presencia, porque ve que los jíbaros tienen miedo, ya

que están entre dos fuegos. El de los venablos y el de las almenas. De sitiadores han pasado a ser sitiados. Y yo, si bien ante el mozo echo bravatas y pestes, lamento esta nueva complicación. Quisiera que todo se arreglara bien.. y no hay modo. Confío en ti, pero esto no lo arregla ni Salomón.

—Dijiste que el Chacal, a cambió de cien cabezas españolas, ansia estrechar entre sus brazos a tu hija, ¡Pocas son cien cabezas! ¡Si quiere mil, se las doy yo!

Abrió estupefacto los ojos el madrileño hasta el máximo. Acercóse más “Cien Chirlos”, como si temiera no oír bien...

La carcajada del Pirata Negro vibró de emoción contenida.

—¡Runa Cuntur bebe sangre de gamos! ¡Runa Cuntur, el blanco salvaje, quiere cabezas como dote! ¡Runa Cuntur está ya harto de que el Destino le sea adverse!

—Tiemblan tus manos, hidalgo—comentó Lucientes, asombrado —. Hay humedad en tus pupilas.,.

—Soy un pobre sentimental, y siento ganas de llorar... Vosotros dos habéis sido y seréis mis confidentes siempre... ¡Vas ahora a presenciar el milagro que me reveló Tartar, que en su paraíso deseo me esté oyendo!

Levantó al cielo la mirada el Pirata Negro. Y roncamente murmuró:

—Paz eterna para ti, Tartar, que diste ocasión a este instante, que ni soñando pude imaginar. ¿Oíste, Tartar? “El Chacal” puede ser una fiera sin alma... ¡Y tiene un alma que no le cabe en el pecho! Pero duerme como duerme su recuerdo...

De huevo rió, mientras su brazo izquierdo enlazaba por el hombro a Lucientes y su diestro el cuello de "Cien Chirlos”.

Juntó las dos cabezas, aproximándolas a la suya.

—Tenéis un secreto vozarrón que rula gritando que yo divago, y no sé lo que me digo... Estoy enfermo de impaciencia, y debo esperar aún más. Podría pronunciar una sola palabra que todo lo revelase. ¿Y qué? ¿Iba con ello a conseguir que se desvaneciera el denso telón de brumas que obscurece el cerebro del Chacal? ¿Sabéis quién es Cheij Khan? Lo lleva escrito en su antebrazo con signos persas. Lo lleva oculto en el corazón... ¡Y quiero despertar este corazón! No con una palabra, sino con hechos. Y si tiemblo al hablarle, no os impacientéis..., ¡que bien domino yo la mayor de

mis impaciencias!

Diego Lucientes esbozó una sonrisa de perplejidad.

—No estás muy claro, hidalgo.

—Quiero que me aclares la senda. Regresa junto al Chacal. Dile que a medio camino me has dejado acompañado de mi lugarteniente. Y que allí parlamentaremos. No le expliques nada de lo que de extraño ves en mi actitud. ¡Presto, estudiante! ¡Es mi vida, la que se aclara cuanto más se aproxima el instante en que Cheij Khan primero me llamará, su amigo y después... ¡Después, ya lo oiréis! ¡Presto, don Diego!

Casi arrastró el Pirata Negro al madrileño hasta llegar a un paraje en el que le empujó con bríos.

—Aquí estamos. Yo, con mi buena sombra, y tú, que vendrás con el que deseaste servir como consejero.

Marchóse corriendo el madrileño.

Capítulo IV

Padre e hijo

“Cien Chirlos” respetó el silencio en que encerróse el Pirata Negro, que sólo rompió cuando vio a lo lejos acercarse a Cheij Khan, acompañado por Lucientes.

—¡Es el caballero que me salvó en la taberna del griego!

—Mejor que así, sea, guapetón... Le debes gratitud.

Avanzó dos pasos el Pirata Negro. Separóse Cheij Khan de Lucientes, y se detuvo a escasa distancia del que le miraba, tratando de no demostrar su vehemente deseo de gritarle cuanto le había revelado Tartar.

—Hola, buen mozo—dijo el Pirata Negro, tras unos momentos de mutua contemplación.

Ceñudo, aunque también dominando una extraña impresión, trató Cheij Khan de pronunciar reposadamente:

—De nuevo, conde Ferblanc, en mi senda te interpones. He venido porque Diego Lucientes afirma que quieres pactar conmigo.

—Pactar es poco, chaval.

—Mi apodo es “Chacal”.

—Pero permíteme que, como principio de buenas relaciones, haga resaltar el hecho de que mi mayor edad me hace llamarte con amistoso apelativo.

—Indefinible es siempre para mí la razón por la cual, estando ante ti, me siento molesto. Será por tu dominante actitud en endiosado juez.

—¿Juez? No lo soy... ¿Era mi mirada la de un juez indiferente o irritado, cuando allá en Santa Fe tuve que sentarme entre jueces para oír tu condena?

—Tu segundo demuestra estupor... También lo rebosa Diego Lucientes. Extrañas son tus palabras y tus ademanes, conde

Ferblanc. Pero hay algo que por el instante me acucia con ardor. Puse sitio a esta fortaleza porque en ella está la que debe ser mi esposa. A todo estoy dispuesto ante la terquedad del alcaide. La aparición de las amazonas ha puesto en trance de, fracaso mi prepósito. Retírate, conde Ferblanc, y, puesto que dices desear buenas relaciones entre nosotros dos, déjame que con mis jíbaros consiga lo que me propongo.



—Hola, buen mozo...

Con evidente esfuerzo el Pirata Negro sonrió humorísticamente.

—Hoy es un día señalado, chaval. Tú eres brioso, valiente y terco. Eres, según me decía Tartar, jefe por raza. ¿Quieres que estudiemos el mejor medio de obtener lo que deseas sin recurrir a medios que podrían impedir tus propósitos?

—¿Por qué deseas ayudarme? Tus amazonas están en actitud de hostilidad.

—Ellas y tus jíbaros. Pero aquí estamos tú y yo. Yo mando en ellas, y tú en ellos. Dos jefes y nuestros lugartenientes. ¿Por qué quiero ayudarte? Porque la hija de Lucientes ha de ser tu esposa. Y lo será.

—¿Persigues el fin de no enojar a mi amigo Lucientes?

—La amistad es una gran fortuna, chaval. Pero figúrate que yo, por hondo afán (que si vivo estuviera Tartar mejor lo sabría explicar), deseo con todas mis fuerzas que seas mi amigo.

—No siento ya odio por ti. Sé que tú no pudiste dar muerte a mis padres... ¿Por qué tiemblan tus labios? Eres conde Ferblanc, el hombre fuerte que nunca tembló...

—Cuando consigas lo que te has propuesto entonces me oirás porque a solas tendremos que evocar la figura de Tartar. Pero ahora, buen mozo..., déjame ser el de siempre. Pongo dogal a mis íntimos clamores... y puso a resumir la situación. Bastaría una voz tuya para que los jíbaros se dispusieran a intentar romper el cerco de amazonas. No lo lograrían. Tú deseas asaltar la fortaleza. No podrías. Hay, en cambio, un medio sencillísimo.

—¡Tú!—gritó de pronto, iluminado el semblante, Cheij Khan—. ¡Solamente tú puedes hacer que el alcaide permita salir a mi prometida!

Pero de nuevo frunció el ceño el hijo del Pirata Negro.

—¿Por qué ibas a hacerlo?—preguntó a continuación—. Tú eres el conde Ferblanc, y yo un proscrito. Sé que por amistad con Diego Lucientes quieres evitar que éste y yo nos enemistemos. Pero ¿por qué ibas tú a ayudar a un proscrito?

—Porque... me da la gana—sonrió Lezama.

Y su sonrisa provocó otra en Cheij Khan.

—Es mi razón principal... cuando no sé qué decir, como ahora. Yo soy el conde Ferblanc... Allá me conocen. Ven conmigo, chaval. Yo quiero que tú presencies mi entrevista con el alcaide. Quiero que me oigas. Quizá así comprenderás que por tu amistad de todo soy capaz; Y quiero que de ti, espontáneamente, nazca el gesto de afecto... Ven.conmigo e iremos a la fortaleza sitiada. No creo que por tu imaginación pueda ni siquiera pasar la duda de que te tiendo celada.

—Lo sé. Voy contigo, conde Ferblanc. Como dijo Lucientes, tú solo puedes arreglar esta situación. En ti confío...

Pasóse Lezama la mano por la parte inferior del rostro, en movimiento que encubría su emoción.

—Eso quiero chaval. Que en mí confíes. Tú, Lucientes, advierte a los jíbaros que no habrá ataque, porque su jefe y yo hemos pactado, y vamos a parlamentar con los de la fortaleza.

Y tú guapetón, dile a Nina Huarmi que pronto volveré, y que he pactado con Runa Cuntur.

En opuesta dirección alejáronse los dos emisarios. Tenían una confusión en el pensamiento. No lograban adivinar la razón por la cual el Pirata Negro demostraba en raras palabras y actitudes tanta desazón.

Solos padre e hijo, avanzó Lezama tímidamente la diestra.

—Me explicó Lucientes que tu único gesto de amistad era permitir que una mano se apoyara en tu hombro.

—Hasta hoy sólo Tartar y Lucientes tal hicieron. Pero... no acierto a comprender por qué tu voz, tu sonrisa, tu apostura, me dan la sensación de que hace tiempo, mucho tiempo, en otra vida, fuimos... fuimos no sé cómo decirte...

—¡Carne y uña! ¡Y lo seremos!

Avanzó Cheij Khan espontáneamente y su diestra se posó en el hombro del Pirata Negro. Éste imitó el gesto cordial.

Y casi juntos los rostros, rió Lezama, cohibido.

—Magnífico día, chaval. Eres un jabato que...

—Estas palabras suscitan en mí antiguos ecos.

—Yo quiero despertarlos del todo. Pero ahora vayamos a lo que te atosiga. Podemos ir a pie, capitán Cheij. Así más podremos hablar.

—Como quieras. Será verdad lo qua de ti dicen, conde Ferblanc.

—¿Qué dicen, buen mozo?

—Que te apoderas de las voluntades ele los que quieres dominar. Sólo tú hasta hoy ha enlazado mis hombros sin qué yo sienta repulsión... Es más—y desvió la vista Cheij Khan, para añadir en voz baja—: me conforta... Es como la amistad de Lucientes, pero en más hondura...

—Una mentirijilla dices, chaval.

—Tu sonrisa no ofende, pero sí tu palabra. Yo no miento, porque deseo ser sincero.

—Veamos, veamos... Aseguras que hasta hoy nadie enlazó tus hombros, ¿Y la pelirroja de ojos azules que vamos a saludar prontamente?

—Ella, es distinto. Es mi ilusión. Ella es la que puede hacer de mí un ser sin amarguras...

—¡Ella lo hará! ¿No sabes que ella te adora?

—Lo sé.

—Vaya... Como yo, no pecas de inseguridad. Pues sí, te adora, y además me hace mucho caso, porque la enseñé a esgrimir, y cuando era una muñeca jugó conmigo...

—Ella te llama padrino. Ya no sé llamarte conde Ferblanc. Te maldije por este título. Dame otro con que poder hablarte.

—Dime por ahora... “amigo”.

—¿Por qué me tienes afecto, amigo?

Los dos habían abandonado ya las empalizadas, seguidos por la extrañada mirada de Diego Lucientes.

El Pirata Negro enlazaba por los hombros al chacal...

Iban avanzando por la ladera que subía hacia el remate de la colina donde se erguía el castillo.

Parecían dos paseantes, absortos en conversación plena de vital interés...

—Eres mi imagen cuando era yo como tú... Un mozo noble, pero de mal genio... Un mozo sin cariño ni hogar.

—Encontraste a Mireya,

—Es mi cariño y mi hogar. Escucha, chaval... Tú vas a tener el cariño de Gaby... y un hogar... cercano al mío.

—Mi cabeza está a precio.

—A bordo del “Aquilón” tu cabeza vale tesoros. Y nadie vendrá por ella. Codo a codo estaremos. Y contigo a mi lado... Cien bergantines pocos serán para osar abordarnos.

—¿Por qué todo me lo sacrificas, amigo? Estás yendo hacia una fortaleza donde, al hablar de ti, se descubren. No debes rodear mis hombros. Yo soy maldito para ellos...

—¡Malditos sean ellos si se ponen tercos! ¿A qué vamos, chaval? A un hogar para ti. ¿No te acepta por es poso ella?

—¡Lo desea..., pero le gusta atormentarme!

—Es su derecho..., que enterado estoy de tu historia, y le mentiste al principio.

—Cara pagué mi mentira.

—Ella te acepta por esposo, y por yerno te acepta den Diego. ¿Qué más consentimiento quieres?

—El alcaide barbudo se opone...

—Si a mis razones no atiende, sabrá él quiénes somos tú y yo juntos. Debes comprender que en ti veo..., ¿cómo te diría?.., pues...

la imagen de un hijo… Sí… Y si a mi un hogar y un cariño me evitaron malos sabores de amargura…, ¡para ti quiero yo hogar y cariño!

—En mi senda de infortunio brilló primero la ilusión que me deparaban los azules ojos amantes de mi prometida. Después, la amistad de Lucientes me hizo olvidar a instantes mi soledad. Por último, Tartar fue consejero mío… Pero ahora… tú despiertas en mis recónditos deseos de vivir feliz el ansia de que nunca dejes de ser mi amigo. Razón tenía Lucientes al defenderte siempre. ¿No sabes?

Y por un instante el hijo del Pirata Negro tuvo en su rostro toda la puerilidad de un adolescente que evoca travesuras.

Estrechóse más el abrazo de Lezama alrededor de los hombros de su hijo.

—Dime, chaval.

—Poco faltó para que peleara yo con Lucientes porque me dijo que por amistad contigo no quería que yo te maldijera.

Una nubecilla de humo elevóse en el aire desde las almenas, para repicar en ruido de disparo…

Los dos hombres se detuvieron. Andando habían llegado, sin darse cuenta, el puente que franqueaba el foso…

—¡Tate!… Nos habíamos olvidado que ésta es una fortaleza sitiada. Perdona…, hijo… Ahora yo iré en primer lugar.

Avanzó el Pirata Negro, y, haciéndose portavoz con las manos, gritó hacia lo alto:

—¡Centinela! ¡Yo, conde Ferblanc, pido ser recibido!

Poco después chirriaban las cadenas del puente levadizo, y codo contra codo entraron ambos hombres.

Capítulo V

Una rendición incruenta...

Abdón Peribáñez, maestre de campo, miró con fijeza colérica uno a uno los diez semblantes de los oficiales reunidos.

—Queda aclarada la muerte de Fergus Slerk. El alférez Harley García, a solas conmigo, me ha narrado su historia. Aplaudo su gesto..., ¡pero no el vuestro, voto a sanes! ¿De cuándo acá creísteis que yo, un jefe de nuestra gloriosa infantería, iba a reprochar a un oficial un acto de justicia? Conque nada de rebeldías si otra vez se presentara tal ocasión. Que rebeldía fue el quitaros esas plumas que de nuevo lucen en los chambergos.

Y el maestro de campo señalóse su propio chambergo, en el que lucía erguida la roja pluma de gallo.

—Y ahora, a vos, alférez Urrestarazu. He tenido que encerrar a doble llave a la señorita Lucientes porque ella iba a escapar. Os sorprendí dejándoos engatusar por la citada señorita. ¡Y de aquí no sale ella! ¿Haléis olvidado que estamos sitiados? Eso es lo que urge resolver. Hay que atacar. Necesito tres voluntarios para romper al galope una de las empalizadas. El que llegue a atravesarla con vida, partirá en busca de refuerzos. Si estuviésemos solos, no acudiría a tal extremo: pero hay dos damas... No pido que deis un paso al frente, porque los diez lo haríais. Elijo yo. Vos, alférez Balboa, vos, alférez Núñez, y vos, alférez Urrestarazu.

Los tres elegidos dieron un paso al frente.

—Cada uno de vosotros irá a la carga al frente de un escuadrón. Tratará de romper por... ¿Qué sucede ahora, sargento?

—Dos individuos avanzan a pie hacia el puente levadizo, Señoría.

—¡Voto a sanes! ¡Se acabaron los parlamentarios!

—No enarbolan bandera blanca. Señoría.

—¡Vaya impúdica actitud! Quedaos aquí, señores oficiales. Yo mismo dispararé el mosquetón que enseñará a esos aventureros criminales a no creerse que somos gente que tolera burlas e imposiciones.

Desde la almena contempló Abdón Peribáñez a los que iban aproximándose.

—Dispara al aire, centinela...—ordenó.

Y poco después, al oír la bronca voz que desde abajo declinaba su nombre, Abdón Peribáñez corrió aceleradamente hacia abajo.

No quería averiguar por qué razón quien acompañaba al conde Ferblanc era uno de los cabecillas sitiadores...

Al descender el puente levadizo, salió el maestro de campo.

Destacado, saludó Callos Lezama.

—Deseo hablaros, señor alcaide.

—No es grato quien os acompaña, conde Ferblanc,

—A mí sí me es gratísimo, señor alcaide.

—No os conozco, conde Ferblanc.

—¿Y alguno de vuestros oficiales puede identificarme?

—Vuestra esposa, señor conde.

—Prefiero antes hablar de lo que más urge. Adoro a mi esposa, pero no quiero enternecerme tan de continuo. Tenemos mucho de que hablar, señor alcaide, vos y yo.

Retiróse Peribáñez, mientras se levantaba el puente levadizo. Regresó acompañado del alférez Urrestarazu.

—Os saludo, señor conde—dijo el vasco, tendiendo su diestra—. Tuve el honor de seros presentado en Puerto Colombia.

—Y yo tengo el placer de recordaros, porque vuestra talla no es común. Y ahora, señor alcaide, ¿podemos pasar a privada conversación?

—Hacedme la merced de seguirme, señor conde. ¿Es necesario que os acompañe... este aventurero?

—Es mi deseo no molestaros con imposiciones. Vos mandáis, aquí, señor alcaide, pero me placería que considerarais que Runa Cuntur viene conmigo a todas partes, desde esta mañana.

Poco después, en la sala de estandartes, de la que habían ido saliendo los oficiales al gesto del maestre de campo, éste, en pie, manifestó su pensar:

—Perdonad si expreso mi incomprensión al veros, a vos,

defensor de las buenas causas, en compañía de quien sitia mi fortaleza.

—De eso vengo a tratar... Reconoced primero mi derecho. Cuando las dos damas a cuya custodia vos os comprometisteis llegaron acá, os fue dicho que sólo yo podría acompañarlas fuera de estos muros.

—Así me fue confirmado por escrito.

—Bien. El sitio de la fortaleza fue emprendido antes de que yo llegara. Ahora podrían retirarse todas la empalizadas, y volverían a su lugar de origen los jíbaros, si dejáis de considerar como enemigo al que sólo desea contraer enlace con la que también lo anhela. Ved que yo soy padrino de Gabriela Lucientes.

—Vos juzgasteis a Diego Lucientes.

—Tanto más para que ahora enmiende. Ni él ni quien nos oye ahora cometieron delito alguno..., aparta enarbolar pabellón libre.

—Mi deber como súbdito español es detener a este hombre.

—No lo haréis, porque yo me lo llevo conmigo, a que prevalezca la verdad. Escuchad, señor alcaide... Vos sois un militar que se atiene a sus órdenes, ¿no es así?

—Indefectiblemente.

—La orden es que mi esposa y la otra dama salgan conmigo de estos muros.

—Pero venís... con el sitiador...

—Rara os parecerá la situación, pero habréis oído quizá decir que no soy muy apegado a los usos corrientes.—

—Tendré que exponer la extraña manera en que vinisteis en busca de las dos damas confiadas a mi custodia. Y... vacilo, señor conde. Allá fuera hay salvajes jíbaros...

—No temáis por mi esposa. Yo soy su marido, ¿os dais cuenta, señor alcaide? Y a mí me corresponde, ya que presente estoy, velar por ella.

—En difícil postura me colocáis.

—No me la hagáis más difícil a mí. Ved el buen mozo, que vos creéis enemigo. Sólo piensa en su prometida. ¿Tiene aspecto de querer sangre?

—En el exterior hay una manada de lobos cobardes.

—No lo son, porque los manda Runa Cuntur. Abreviemos, señor alcaide. Sólo pido lo que tenéis ordenado. Que en la carroza que

aquí las condujo, salgan mi esposa y mi apadrinada.

Y en cuanto a juzgar al Chacal, todo se hará.

—Si vuestro acompañante se retira y a solas permanecéis, tendrá carácter más regular la orden que tengo que cumplir.

—¿Oíste, chaval?

Levantóse Cheij Khan.

—Tú mandas, amigo.

—Vuelve junto a Lucientes. Me reuniré con vosotros. Hasta enseguida, buen mozo.

—Acompañad...—dijo secamente el maestro de campo al sargento que acudió a su llamada.

Partió Cheij Khan, y entonces el alcaide pareció deponer su tiesura.

—Os haréis cargo, conde Ferblanc.

—Por completo. ¿Puedo visitar a la señorita Lucientes?

—Yo mismo os conduciré. Tuve que encerrarla porque quería escapar.

—Hicisteis bien. Lo mismo habría hecho yo.

* * *

Gabriela Lucientes levantóse del cómodo sillón para imprecar al abrirse la puerta, tras doble vuelta de llave:

—¡Barbudo del demonio! ¡Pagarás cara tu osadía!...

Apartóse el alcaide y se retiró, cediendo el paso al Pirata Negro, que avanzó, mientras desplomábase Gabriela Lucientes en su sillón.

—¡Tate, doña! Sigue el genio de pólvora...

—¡Vos!... Pero ¿cómo es posible que vos...?

—Despierta, mocosa. ¿Quién sino yo tenía que venir por ti?

—¡Tú!—y abalanzóse ella en los brazos de Lezama.

—Estás como un manojo de anguilas, Gaby. Te remueves con más nervio que un potrillo... ¿Sucede algo especial?

—¿Que si sucede?.. ¡Cheij... está sitiando!... ¡Pero tú debes saberlo..., si aquí estás!... Y el alcaide me encerró... Y yo quiero escaparme... porque he sido mala.., y no quiero que esta vez Cheij sufra por mi culpa...

—Ni lo quiero yo. Escucha con atención, pelirroja de mis pesares. Se ha acabado el tontear... Tu padre ha venido conmigo... Quiere que te cases con el mozo... ¡Y yo también!

—¡Y yo también!—exclamó ella.

—Todos de acuerdo. Vete a preparar tus cosas... y espera en la carroza.

—Los jíbaros...

—Tú a lo tuyo, que yo iré a lo mío.

Iba ella a pasar ante el alcaide, mirándole con enojo, cuando el Pirata Negro la retuvo por el brazo:

—Sed justa, señorita. El señor alcaide cumplió como debía. No quiera yo actitudes inadecuadas. Pedid perdón por haberos rebelado contra quien bastante cortesía demostró al no azotaros como a niña malcriada que sois.

Ella aproximóse a Lezama para susurrar a su oído:

—¿Debo... pedir perdón a este maldito testarudo?

—Una carroza espera para conducirte al dulce epílogo... Tú eres buena, si bien impulsiva. Que hable en ti la voz de la sangre...

Gabriela Lucientes separóse del Pirata Negro para acercarse a Abdón Peribáñez, que ostentaba un rostro severo.

—Veréis, señor... alcaide. Yo ahora voy a ser feliz... y me siento dispuesta a todo... Tal vez os enojé..., pero fue sin maldad: Permitid, pues, que os pida...

—Yo a vos, señorita, pido perdón— atajó el militar, inclinándose para besar la diestra de la pelirroja—. Tuve que ser severo, porque la fortaleza estaba sitiada. Ahora partiréis con el conde Ferblanc. Hago votos para que todo salga a la medida de vuestros deseos.

Partió corriendo la hija de Lucientes. En el barbudo rostro del maestro de campo esbozóse una sonrisa...

—Juventud, juventud...—suspiró.

—Fuimos también mozos, don Abdón. Y aun somos de muy buen ver.

Y ahora, como última galantería, os ruego me acompañéis hasta donde se halla mi esposa.

Mireya de Ferjus nada dijo. Sonrió, lloró y rió... Y tampoco pudo Lezama hablar, porque percibía que sólo decía incoherencias.

Al fin, murmuró:

—Mucho tiempo, Mireya... Y siempre el mismo milagro. Cuando de nuevo te contemplo, más bella te veo. Ahora, hacia el hogar... Tendremos compañía: don Diego, el Chacal y su esposa...

—El chacal... no es malo, Carlos...

—¡Claro que no!

—Es como tú... Puede ser como tú.

—Lo será.

—Tu rostro tiene esa expresión que tan bien, conozco... Eres reservón... Hay alguna sorpresa...

—Señora marquesa... ¿Poca sorpresa es que pueda yo besar vuestras adorables mejillas?

—Hay más.

—Tus labios.

Reinó un instante de silencio.

—No me refería a mis labios, Carlos. El Chacal sitia la fortaleza.

—Muchas cosas más has de saber, Mireya. Una de ellas, al yo contártela, debe demostrarme que eres la maravillosa esposa bíblica que todo lo comprende.

—Todo quiero comprenderlo, si me lo explicas.

—Es largo de contar.

Brevemente explicó Lezama la razón por la cual, al frente de las amazonas, había podido, por la muerte de Tumuc Humac, llegar hasta Fuerte Esmeralda.

—¿Es bonita Nina Huarmi?

—No me fijé.

—¿Debo hacer ver que me creo esta mentira galante, Carlos?

—Sólo tú existes, Mireya... Nina Huarmi es bonita; pero no hay mujer en el mundo que contigo pueda compararse. No debe ella saber que eres mi esposa. La retirada no será fácil. Debes ayudarme.

—Ahora puedo ser tu hermana, Carlos. Pero... trata de evitar que la Dama del Arco se sienta demasiado tierna junto a ti.

Rieron ambos, rebosantes de ternura, enlazados.

—¿Y el Chacal, Carlos?

—Dijiste una vez que en él veía mi persona u su edad. Le tengo cariño al mozo.

—Te aseguré que, al conocerle, no le tendrías ojeriza. Y me alegra saber que no hay enemistad entre vosotros dos.

Irrumpió en la sala, corriendo, Gabriela Lucientes.

—Perdonad... ¡Brinco dentro de la carroza! Quiero decirle tantas cosas a Cheij...

—Escucha, doña. Hay una señora que quizá no vería con agrado que os arrullarais...., ¡Calma, señorita! Supiste hacer padecer a mi... buen mozo años... Por el camino te expondré quién es Quisma Pichi

y por qué estoy yo aquí. Y debes tener buen sentido, como cuando tu padre quiere tenerlo…

En la carroza entraron las dos mujeres. Un oficial actuaba de galante postillón.

El maestre de campo expresó su opinión:

—Yo he cumplido la orden que tengo, conde.Ferblanc. Pero en las almenas continuarán mis soldados.

—Como debe ser, señoría. El sitio se levantará… o habrá combate allá fuera. Os ruego que presenciéis, sin intervenir, lo que pueda suceder. Es inútil que os afirme que de la salvaguardia de las dos damas yo respondo. Y agradezco el postillón. Le relevará otro más adecuado allá en la linde de las empalizadas.

La carroza, conducida por el alférez Harley García, atravesó el puente levadizo.

Se detuvo a medio camino de la ladera. En las almenas seguían vigilantes los soldados.

Despidióse, el militar. Y al dirigirse hacia la fortaleza, pensaba que aquella extraña solución sería muy comentada.

Pero, por el instante, no habían cesado las hostilidades. Y en la carroza el Pirata Negro corría los cortinajes.

—Para nada saldréis. Aun no ha empezado la marcha hacia el hogar. Paciencia, doña… Tu Chaval vendrá pronto sumiso a besar tus manos. Y el simpático creador será el postillón que por el instante os aleje de estos parajes, donde jíbaros y Damas del Arco no son compañía grata.

Dio Lezama, al salir de la carroza, tres agudos silbidos. Era la antigua señal con que llamaba a bordo al que fue su lugarteniente.

Diego Lucientes se detuvo a veinte pasos de la carroza, porque le interceptaba el camino el Pirata Negro.

—Nuestros tesoros, don Diego. Conduce la carroza cuando orden te dé. Tengo que hablar de nuevo con el chaval.

—Es todo tuyo el mozo.

—No sabes qué gran verdad dices. Si, es todo mío. Pero ¿por qué estás tan cierto?

Dejó que le enlazaras por los hombros. A su regreso de la fortaleza se limitó a decirme que tú eras el capitán de todos nosotros. Y que aguardaba tus órdenes.

—¡Tate!… Me place… Tal vez si le ordeno que me abrace, lo

hará. Oye, don Diego... ¿Tienes los nervios a toda prueba?

—Según y cómo... Que contigo nunca estoy a salvo.

—Te extrañaron ciertas preguntas de Tartar.

—Hablaba de tatuajes, de Lanzarote, de fechas, de cómo te llamabas además de Ferblanc...

—Poco perspicaz eres, pelirrojo... Anda, y abraza a tu hija, Permaneced en el interior...

—¿Por qué aludes a mi falta de perspicacia?

—¿De cuándo acá temblé yo ante hombre alguno? Sólo ante mi padre. ¿Temblé o no ante el Chacal?

—Como una jalea de compota.

—Aguarda y vas tú a temblar... si consigo que el Chacal y yo entremos en el interior de esta soberbia carroza, lo antes posible y sin que suponga riesgos... Dijo el alcaide que había manada de lobos cobardes... Son muchos...

—Y tu eres mucho hombre para que lobitos te gruñan. Allá voy..., que ya estoy deseando saber por qué falté a la obligatoria perspicacia.

Radiante de satisfacción encaminóse Lucientes hacia, la carroza, de cortinajes echados.

Y más radiante, aunque pensando en la manada de lobos... y de Damas del Arco, dirigióse Lezama hacia la empalizada donde Cheij Khan, el ahora sonriente Chacal, aguardaba impaciente.

Capítulo VI

La retirada forzosa

La diestra del Pirata Negro se apoyó en el hombro de su hijo a modo de saludo.

—Ahí está ella, chaval. ¡No! No vayas aún...

—¿Por qué?

—Son nuestros dos tesoros. Tú y yo hemos enarbolado pabellón pirata... Ibas tú a ser un magnífico capitán. Tienes que demostrármelo ahora. Suponte que has logrado por fin el tesoro que año tras año has codiciado con noble anhelo. Está en aquella carroza. Debe llegar a buen puerto. Si ellas permanecieran en el fuerte, estarían expuestas al largo sitio, a hambre, a peores eventualidades. ¿Qué nos toca hacer, pues, chaval?

Cheij Khan asintió;

—Tienes razón... No quiero llamarte amigo, porque es palabra que se prodiga en demasía, falseándola mucho. Te has portado ahora conmigo como ningún hombre lo hizo... Lucientes te llama hidalgo. Lo eres. Mándame, y yo obedeceré ciegamente, hidalgo.

—¡Magnífico!—Y la mano del Pirata Negro palmoteo el hombro de su hijo. —Eres fuerte como la roca. Tus músculos son recios. Eres un soberbio ejemplar de mozo luchador. Vamos a pensar tú y yo el mejor medio de dirigirnos a nuestro bogar. Aunque quisiéramos, no podemos meternos en la carroza, decirle a don Diego que fustigue los dos caballos y partir hacia Quito.

—Yo puedo mentirles a los jíbaros. Decirles que voy en busca de refuerzos, y dejar el mando a Huaranca y Zocta, que lo acogerían con gran placer.

—Podrías entonces, con mis cuatro piratas, llegar hasta el puerto donde ancla mi “Aquilón”.,

—¿Y tú?

—Más difícil me sería desembarazarme de las amazonas. Yo iría con ellas hasta cerca de su territorio, y una vez allá, ya me las compondré para escapar.

—No.

—¿Cómo que no?—sonrió el Pirata Negro.

—No quiero separarme de ti. Tú me proporcionas la felicidad, allanándome el camino. ¿Qué clase de perro ingrato serio yo si te abandonase ahora egoístamente? Además, está tu esposa, hidalgo. Y ella tuvo para mí bondades... Mireya espera que tú la acompañes. Por lo tanto, tú y yo juntos, hidalgo, tanto en lo bueno como en lo peligroso.

—Eso es... Tú y yo juntos retamos al mundo si es preciso, ¿no, chaval? Tratemos, pues, ahora de ver cómo emprendemos favorablemente nuestra forzosa retirada. Habla con tus jíbaros. Diles que vas en busca de refuerzos. Después, iremos los dos a hablar con las, reinas. La carroza no podrá moverse mientras no tenga paso seguro y libre, cosa que ahora, tanto jíbaros como Damas del Arco, dificultan. >

—¡Huaranca! ¡Zocta!—llamó Cheij Khan.

Los dos caudillos jíbaros se aproximaron. Percibíase en las precauciones con que andaban que constantemente temían el ataque de las amazonas.

—Hemos parlamentado con los españoles de la fortaleza—dijo Cheij Khan, con tono reposado—. Ellos no se rendirán. Necesitamos más refuerzos. Iré a buscarlos hablando co Tumuc Humac.

—No, Runa Cuntur—dijo Huaranca, incisivamente.

—¿Qué no? ¿Quién eres tú para oponerte a mis órdenes y decisiones?

—Tumuc Humac, nuestro bienhechor amigo, nos ordenó a Zocta y a mí que después del sitio regresáramos contigo al Edén. Y que donde fueras, te siguiéramos.

—¿Sí? ¿Por qué entonces no me seguisteis a la fortaleza?

—No te alejabas de nosotros, puesto que la fortaleza está rodeada por nuestros hombres, Runa Cuntur.

Miró Cheij Khan al Pirata Negro.

—Tienes tí la palabra, hidalgo.

Carlos Lezama contempló con dureza a los dos jíbaros.

—Vosotros tenéis inteligencia, ¿no es cierto?

Huaranca y Zocta permanecieron en silencio.

—Quien calla, otorga y asiente... Pensad entonces que si Runa Cuntur quiere ir a pedir refuerzos, es porque solamente él puede hacerlo. Un jíbaro no saldría de estas empalizadas. Lo cazarían las Damas del Arco.

Los dos caudillos jíbaros afectaban no escuchar, pero oían perfectamente, pese a su rostro, que exageraba la mueca desdeñosa.

—Runa Cuntur y yo hemos pactado. Si vosotros levantáis el sitio y regresáis a la selva, las Damas del Ario os dejarán libre paso, porque Quisma Pichi es esposa de Runa Cuntur, y Nina Huarmi es mi esposa. Mil trescientas treinta amazonas rodean el bosque. ¿Os dais cuenta, Huaranca y Zocta?

—Debemos consultar—dijo secamente Huaranca.

Apartáronse los dos hombrecillos, en su dialecto empezaron la consulta mutua:

—Ellas desearán apoderarse de la fortaleza, porque son muchos los hombres que en ella hay, Zocta.

—Podemos volver y decirle a Tumuc Humac lo que ha sucedido. Si ellas están aquí, será porque Tumuc Humac lo consintió. No se atreverían las reinas a desafiarle. Y yo he visto a Nina Huarmi y a Quisma Pichi.

—Entre dos enemigos estamos, Zocta. Si las Damas del Arco nos atacasen desde sus posiciones elevadas y con sus caballos, los de la fortaleza nos atacarían por el otro lado. Debemos retirarnos, porque no puede haber mentira. Si quisieran darnos muerte, lo hubieran hecho. Esa es mi voluntad, Zocta, respetando la tuya superior.

—Retirada.

Los dos jíbaros regresaron junto al Pirata Negro y Cheij Khan.

—Nos retiramos, Runa Cuntur. Deseamos cuanto antes llegar a nuestro poblado.

—Sabia decisión... — aprobó Cheij Khan—. Aguardad ahora mi aviso, porque el jefe de ellas—y señaló al Pirata Negro—debe hablarles, para que no os hostiguen.

Alejóse Cheij Khan, encaminándose con Lezama hacia el lugar donde habían verificado la primera entrevista, y en donde aguardaba “Cien Chirlos”.

—Hola, viejo — saludó alegremente el Pirata Negro—. Creo que conoces ya al mozo... desde hace mucho tiempo, ¿no?

—El caballero nos ayudó al “Pencas” y a mí, señor. ¿Me recordáis, caballero?

—Sí. Tu voz…—y tu rostro me eran familiares.

—Es don Marcelo, mi lugarteniente, mi sombra buena. El hombre que muchas veces ha salvado mi vida. El hombro que… quiero sea tu padrino de boda, chaval.

Apoyó Cheij Khan la diestra en el hombro de “Cien Chirlos”.

—Tú serás mi padrino, don Marcelo, porque, así lo desea tu capitán. Y tu capitán es mi bienhechor.

Observaba el Pirata Negro el semblante de los dos hombres. Pero, si bien notaba cordial al lugarteniente y afable a su hijo, no advertía que entre ellos dos alentase síntoma de reconocerse.

—Ahora viene lo más peliagudo, amigos. Aquellas damas…—Y fue señalando el Pirata Negro a su alrededor, los copudos árboles.

—También ellas se retirarán, hidalgo.

—Sí. Pero… olvidadizo eres, muchacho. ¿No te suena el nombre de Quisma Pichi?

—Fue por obligación. Nada tengo que ver ya con ella.

—Quizá ella, no comparta tu opinión. Y casi preferiría que tuviéramos que luchar con mil cien jíbaros que con trescientas treinta amazonas, de las cuales dos son peligrosísimas.

—¿Por qué peligrosísimas?.. Son mujeres…

—Por eso mismo…—Y rió el Pirata Negro—. Lo siento, hijo… Pero tú y yo somos unos “rompecorazones”? Y ellas, si se ven abandonadas, no se resignarán. Piensa que amando son naturales y guerreando son salvajes. En fin, veremos si mi labia convence. Vamos a ellas. Llevo yo la vos cantante. Ahí se acerca Nina Huarmi.

La reina de las Urpí vino sumisamente a apoyar su cabeza en el hombro del Pirata Negro, que por encima de la cabellera castaña sonrió a su hijo.

—He pactado con Runa Cuntur, muñeca. Sus jíbaros se retirarán, regresando al Edén. Comunícalo así a las otras reinas. Para que dejen paso libre a los pequeñitos. Vete. Aquí esperarnos tu regreso.

Marchóse ella, y Cheij Khan fue ahora el que sonrió.

—Ella hará lo que quieras, hidalgo.

—Tal vez… Pero quedan trescientas veintiocho doncellas, que por menos de un soplo largan venablos a todo meter.

Establecióse entre Nina Huarmi Quisma Pichi y Tahua Chunca

las condiciones en que debían retirarse los jíbaros, cuyos dos caudillos fueron a parlamentar con ellas.

Poco después, en fila de tres hombres por hilera, alejábanse los jibaros, bien dispuestos a perder de vista la colina del Fuerte Esmeralda.

Y Quisma Pichi, cuando hubo pasado el último de ellos, acercóse Cheij Khan.

—De nuevo juntos, Runa Cuntur? murmuró.

Pero Tahua Chunca, "Cuarenta Otoños", era positiva. Encaróse con Pirata Negro, hoscamente;

—Tú y Runa Cuntur fuisteis a castillo. Runa Cuntur regresó sola. Después descendiste tú de carroza conducida por un español que se fue.

—La esposa del alcaide tiene que irse porque cuando hay cerco así ha de ser. Pero no partirá la carroza hasta que nosotros nos retiremos.

—Nada nos obliga a retirarnos— dijo Tahua Chunca— Somos trescientas treinta.

—Allá quedan seiscientos españoles, con cañones, mosquetes, catapultas y demás máquinas que vomitan llamas, piedras y plomo. Sería en nosotros falta de galantería engañaros, reinan. Allá nos darían muerte. También tienen caballos, y son impetuosos. Vuestros venablos nada podrían contra sus armas de fuego. Y nos doblan en número. Es, pues, forzoso el retirarse. Pero nuestra retirada puede ser peligrosa.

—¿Por qué?

—Ellos, al divisarnos en retirada, saldrán al ataque... Sois, demasiado tentadoras, mis damas. Y allá son hombres de sangre ardorosa, No querréis ser esclavas, ¿verdad?

—¡Somos reinas!... — gruñó Tahua Chunca.

—Pues, para seguir siéndolo, debemos pensar en un medio seguro emprender la retirada sin peligro.

—¿Cuál?—inquirió Nina Huarmi.

Fingió meditar el Pirata Negra. Por fin, sonrió como si hubiera hallado la solución:

—Habéis visto la carroza. En ella van la esposa y la hermana del alcaide.

—¿Cómo los españoles la entregaron a vosotros?

—Porque fue la condición que impusimos para levantar el cerco inútil que nos hubiera costado las vidas. Custodia la carroza Runa Cupay. Pero propongo el medio más seguro. Las vidas de ellas dos contra las nuestras.

—¿Cómo?

—Irán a custodiar la carroza este hombre —y señaló a “Cien Chirlos”— "Pencas”, Juanelo y “Rucio”. Nosotros emprenderemos la retirada, y cuando estemos ya lejos de todo posible alcance, esos cuatro hombres se reunirán con nosotros, y la carroza podrá seguir camino libremente, o regresar a la fortaleza. La vida de ellas dos contra las nuestras.

—Acepto—dijo Nina Huarmi.

—Me niego—dijo Tahua Chunca.

—Acepto—dijo Quisma Pichi.

—os contra una. Aceptada, pues, mi sugerencia. ¿Por qué te opones, Tahua Chunca?

—Mi esposo no debe alejarse de mí.

—Tienes razón, Tahua Chunca. Que se quede, él, pues, contigo. Dejad que llame a los otros, para decirles lo que deben hacer. Id a explicar la situación a vuestras gobernadas.

Alejáronse las tres reinas.

Cheij Khan miró con evidente aprobación ni Pirata, Negro.

—Excelente idea, hidalgo. Mientes con una asombrosa sinceridad.

—Creo que también tú cuando te lo propones no lo haces mal. El caso es que tu futura esposa y Mireya llegarán a buen puerto. Nos responde de ello don Marcelo. ¿Pasa algo, viejo?

—Señor..., ¿y vosotros?

—Iremos con ellas. Ahora no podríamos marcharnos todos juntos. Y ya daremos con solución para retirarnos y dejar de ser zánganos de reinas abejas cuyo aguijón sea venablo.

Ambrosio Bustamante, Juan Pérez y Lucio Agudo vinieron a alinearse ante el Pirata Negro.

—Se acabó el retozar, valientes.. Iréis con don Marcelo a custodiar carroza que contiene mi mayor tesoro. Cuando pase media hora, emprenderéis el camino hacia Quito. Allí, en la mejor posada os alojaréis, aunque espero que llegaremos antes nosotros dos.

Iban a partir los cuatro hombres, cuando Lezama tocó en la espalda a “Cien Chirlos”, que a regañadientes se marchaba:

Dile al señor Lucientes que sus cabellos son llamativos. Que merque peluca, y mal no le vendría recordar, que debe estar poco visible hasta que yo llegue. Por él no deben peligrar las que en la carroza van.

Ya solos padre e hijo, éste manifestó:

—Tanta impaciencia tengo por reunirme con la carroza como tú, hidalgo. ¿Me conforta ver la calma con que conduces toda esta retirada.

—A la fuerza ahorcan, chaval.

—Quizá, al caer la noche, y mientras finjamos reposar, podremos escapar.

—Tal vez.

—Porque si con sinceridad le hablases a Nina Huarmi, y lo mismo hiciera yo con Quisma, no creo que consiguiéramos partir, sino todo lo contrario.

—Es indudable. Pero, hijo, haz como siempre hice. Resolver las situaciones sobre el mismo terreno, Por el instante, seamos complacientes esposos, deseosos de reunimos con nuestras cónyuges... Y no mentimos. ¿Es o no verdad que deseamos reunirnos con el tesoro que transporta la carroza?

—Nina Huarmi...—murmuró como respuesta el Chacal.

La reina de las Urpí acercóse, y con su gesto habitual, que semejaba buscar amparo, habló:

—Tahua Chunca ha empezado a retirarse. Quisma Pichi desea cabalgar junto a ti, Runa Cuntur.

—Aquí estoy—replicó Cheij Khan.

El Pirata Negro sonrió, acariciando los cabellos de Nina Huarmi.

—Dile a Quisma que mi amigo y yo podemos con vosotras dos cerrar la marcha.

—Se opone Tahua Chunca—replicó la amazona—. Dice que vosotros dos estáis demasiado unidos, y qua podríais intentar huir.

—¿Nosotros? ¿Será maliciosa esa señora?—rió el Pirata Negro, tomando por testigo a su hijo—. ¿Por ser ella un esperpento cree que lo sois vosotras? No quiero recelos, muñeca Vamos a reunimos con la reina de pensamientos de Runa Cuntur.

Capítulo VI

Manada de lobos

Cinco días de incesante cabalgar nocturno y cinco días de acampar, empezaron a impacientar a Cheij Khan, que, valiéndose de su anterior afición a la soledad, lograba cuantas veces podía apartarse de Quisma Pichi, para reunirse con Lezama.

Pero, fuera por consejo de Tahua Chunca o por propia sospecha de ambas reinas, la realidad era que, si bien ambos hombres podían conversar a solas, notaban la constante vigilancia de las Damas del Arco,

Humorísticamente,.el Pirata Negro calmaba él reconcentrado furor de su hijo.

—Donde mujeres se mezclan, hay que tener paciencia. Y lo que nos espera es tan satisfactorio, chaval, que por bien empleado doy cuanto aquí sucede

—Es humillante ser esposos prisioneros, hidalgo.

—Siempre se es prisionero. ¿No conoces la copla? «Es la reja cárcel, donde el carcelero dentro está y fuera el prisionero”. ¿No has cantado nunca amores en reja sevillana?

—No.

—Hazte la idea de que ésta es reja de amores. Los claveles las sonrisas de tu Gabriela que espera, las rosas el sonrosado amanecer que te aguarda, y las espinas estas damas.

—Muchas espinas son trescientas —trató de sonreír Cheij Khan.

—Además, seamos justos, “Chacal”, Gracias a estas damitas somos libres. Gracias a ellas nos hemos hecho amigos. No es muy arrogante nuestra postura, ya que estamos esperando la propicia ocasión de huir… de mujeres.

—Huirlas es lo mejor.

—A la vez las engañamos.

—Vengamos a muchos otros.

—Oye, buen mozo.—Y se hizo seca la entonación del Pirata Negro, mirando fijamente a Su hijo—. No me gusta que seas sarcástico cuando de mujeres se trata. ¿Crees que son malas?

—Son enojosas.

—Ellas y ellos son como mutuamente se trataron. El malvado estropea a las buenas, y las heridas llegan a los inocentes Es un círculo de anillos serpentinos. El burlado se burla de otras, y así rueda... Pero cuando veas una mujer, no la califiques de enojosa o nial a, sin tener certeza. Por cierto que me enteré que en tu breve reinado fuiste capaz de pegar a varias de ellas. Eres muy hombre tú para tal cosa..., que por seguro doy nunca repetirás.

Por mi instante Cheij Khan miró sombríamente al que le estaba haciendo reproches.

De pronto echóse hacia atrás, reclinándose contra la silla de su montura, y riendo silenciosamente.

—¿Te causo gracia, Chacal?

—Mucha, hidalgo. Pero una gracia que me cosquillea agradablemente, por dos razones.

—Venga, que las sepa.

—La primera es que nadie me hizo nunca objeto de críticas.

—Hora era de que yo empezara, pues.

—La segunda... es que a instantes me das la impresión do un padre regañón y amante.

El Pirata Negro fingió mirar a lo lejos...

—Cuando galopemos tú y yo, libres de escolta, camino de Quito..., conversaremos con calma, muchacho. ¿Qué sucede ahora? ¿Se les ha quemado la pitanza?..—gruñó Lezama, viendo que varias amazonas a todo correr saltaban a lomo de sus caballos

Otras, arrodilladas, preparaban los arcos, tensándolos, y algunas buscaban la protección de los árboles.

Nina Huarmi acercóse a, caballo...

—¡Los jíbaros! Están apostados en el puente por donde tenemos que pasar... No se retiraron como decían. Deben acechar el momento de tendernos emboscada. ¡Tahua Chunca se dispone a atacar!

Y partió al gálope.

—¿Ves chaval?; Las enamoradas se han convertido en salvajes

dispuestas a lanzar venablos.

—Tal vez ahora... podemos escapar.

—¿Y consentir qué esas mocitas se las compongan solas? No me parece digno ni de ti ni de mí.

Encogióse de hombros Cheij Khan.

—Tienes razón hidalgo. ¿Qué hacemos?

—Ver cómo se entabla el combate y acudir donde precisos seamos. Huir ahora sería cobardía. Y tú y yo tendremos muchos defectos comunes, pero no el de presentar espaldas cuando esas que, al fin y al cabo son mujeres, se ven en emboscadas, por culpa nuestra,

Varias nubecillas salieron de los matorrales a lo largo del canal por donde atravesaba el puente, único paso franqueable.

Tahua Chunca, que al frente de sus amazonas, y acompañada por Joaquín Pons, lanzábase a todo galope al ataque, encabritó su caballo.

Los disparos de mosquete, aunque torpes, y los cañonazos, tampoco muy atinados, hicieron blanco, sin embargo, porque la masa, compacta de las amazonas no era la apropiada para 'aquel género de combate....

Cayeron, caballos, rebotando las arqueras. Siguieron avanzando otras. Más nubes y estampidos sembraron sus mortíferas descargas entre las Aychas.

—¡Por los flancos!—gritó el Pirata Negro, a caballo—. ¡Tú, Nina Huarmi, con tus amazonas, por la derecha! ¡Galopa, Chacal! Dile a tu reina que ataque por la izquierda. Pero que desmonten a tiro de venablo...

La mortandad, segaba las filas de la tribu fie las Aychas. Tahua Chunca y Joaquín Pons yacían muertos, mezclados en último abrazo, como les había sorprendido, al caer, el plomo mortal.

Silbidos agudos anunciaban que los jíbaros, parapetados y a salvo, elegían sus víctimas infaliblemente,

Y resonó entre el fragor de los cascos lanzados al galope, los disparos y los silbidos de flechas y venablos, un monótono rumor en cantinela:

—¡Tumuc Humac ha muerto! ¡Tumuc Humac ha muerto!

Los jíbaros sabían ya la noticia... No eran mil cien, sino doble número. Otra tribu les había salido al encuentro, comunicándoles

que la guerra había estallado...

En el Edén de las Mariposas, el estado natural, tan pacientemente creado por Víctor Montjoy, imperaba de nuevo la ley salvaje del exterminio.

Damas del Arco y jíbaros saciaban sus rencores acumulados diezmándose.

Lanzó el Pirata Negro su caballo, adelantando a las primeras amazonas, para gritar;

—¡Retirada! ¡Son muchos lobos!... ¡Retirada! No vadeéis el río, porque os matarán... ¡No tenéis defensa!

Pero algunas más impetuosas intentaban a caballo avanzar por los costados... Hundíanse alcanzadas certeramente...

Y seguía el rumor de pesadilla, en medio de la matanza:

—¡Tumuc Humac ha muerto!

Nina Huarmi fue ordenando a sus amazonas la retirada hacia la altura. Al igual que ella, Quisma Pichi, acompañada por Cheij Khan, siguió a las Urpí,

Y diez minutos después, al otro lado de la colina, iban reuniéndose las supervivientes del corto y feroz combate...

Quedaban ciento veintitrés amazonas..

En la explanada, los jíbaros iban cortando cabezas...

—No vendrán a atacarnos, porque son lobos agazapados y cobardes. No disponen de caballos. Tenemos que buscar otro paso— explicó el Pirata Negro a Huarmi—. Por este puente, es imposible.

—El río no es vadeable en otros sitios contestó ella—. Este es el camino de regreso.

—Lo cierran vuestros enemigos.

—Sí.

Intervino Quisma Pichi.

—Muy lejos, ya cerca de tierras.blancas, hay otro paso, hacia el Este. Pero mis amazonas quieren vengar la muerte de las Aychas y de Tahua Chunca.



—¡Los jíbaros! Están apostados en el puente...

—Recapacita, hermosa—dijo el Pirata Negro, impaciente—. Atacar de frente no es propio de mujeres, y sin embargo, vosotras sois tan nobles e impetuosas, que no queréis ver que cuantos ataques intentéis contra loa jíbaros, tendrán el fin que Tahua Chunca y las suyas hallaron. Disponen de armas de fuego, están parapetados, y la línea del río les sirve de baluarte.

—¿Qué hacemos? — preguntó Nina Huarmi.

—Ir hacia el otro paso..., donde espero no estarán agazapados más lobos.

Pusiéronse en marcha las supervienes, alguna de ellas herida.

Cheij Khan murmuró:

—¡Los jíbaros! Están apostados en el puente por donde tenemos que pasar... No se retiraron como decían.

Cada vez nos alejamos más de la carroza, hidalgo.

—¡Los jíbaros! Están apostados en el puente por donde tenemos que pasar... No se retiraron como decían.

Más hermosa nos parecerá. Lo que bien se quiere, se hace esperar. Y en la espera está un mayor deleite. Yo también anhelo con vehemencia no sólo hallarnos todos juntos, sino poder conversar tranquilamente contigo lejos de todos oídos.

Quisma Pichi, al frente, orientábase hacia el paso que condujera

al estado natural de Río Bronco.

El reciente combate y su fracaso, hacían más hoscos los semblantes da las Damas del Arco.

—Van volviendo al estado, natural…—comentó el Pirata Negro —. Tal vez, a nuestra caballerosidad se opondrá el instinto, de conservación. Creo, hijo, que a la primera ocasión, yo mismo daré la señal de huir. Que ahora como en el amor, muchas veces el triunfo está en la huida, si el amor es falso, y las damas se ponen caprichosillas y enfurruñadas.

Aprobó Cheij Khan. Tenía ya ansias de recobrar su actitud de hombre enamorado y correspondido.

Capítulo VIII

La vuelta al estado natural

—¿Estamos ya próximos al lugar de la cita, *mon petit*?

Marcel Dangers miró críticamente al canoso aventurero que acababa de dirigirle tan familiarmente aquella pregunta.

Maurice Chomeur, espadachín, asesino a sueldo, tahúr y cortabolsas, según las diferentes ocasiones que se le presentaban, había sido tácitamente elegido como cabecilla por los restantes aventureros que en escolta acompañaban a Marcel Dangers y a Arlette d'Arsonval.

Todos estaban alucinados por el cercano Eldorado.

—Sabed, Chomeur, que la paciencia es la principal virtud de los que no tenemos virtud.

—Sabed que ni mis hombres ni yo, estamos para charlas distinguidas ni frases irónicas.

—Dirijo yo la expedición, ¿no?

—Eso os figuráis, *mon petit*. Pensad un poco, caballero Dangers, en que no somos muchachos crédulos. No os figuréis que nos hemos creído vuestra hermosa historia de que sois enviado del Residente de la Martinica. Si tal fuera, no nos hubierais necesitado. Habríais traído escolta de oficiales y soldados franceses. ¿Qué somos vosotros? Una bandada de perdularios...

Arlette d'Arsonval, presintiendo peligro, enlazó su brazo alrededor del diestro de su amante.

—No discutáis nimiedades, caballeros—dijo sonriente—. Sigamos el camino. Poco nos queda ya para llegar al Sitio donde esperan las once mujeres que acompañaron al capitán Mandrin.

Maurice Chomeur hizo una mueca amenazadora.

—Mejor es que os apeéis un poco da vuestras altiveces, mon petit. Porque poseáis los planos no os creáis invulnerable. Vuestra

esposa tiene razón. Sigamos camino.

Empezó Marcel Dangers a meditar en que un nuevo obstáculo podía presentarse. Creía que la ambición del oro forjaría estrecha unión entre los aventureros pero ahora veía que el cálculo fatídico, de “más cabe en el reparto, cuanto menos son”, hacía mella en la tarada mentalidad de los aventureros.

Sintióse aliviado, cuando ante la comitiva vio aparecer dos días después once amazonas, cuyas corazas de ero destellaban.

Tenían tensos los arcos...

Avanzó Dangers llevando en alto la tablilla contraseña que tendió a la Dama del Arco que destacóse de las demás.

—Soy Marcel Dangers, enviado del Residente en la Martinica, con mi escolta.

La amazona comprobó la legitimidad de la tablilla,

—El capitán Aloys Mandrin vendrá con más franceses, para rendir pleitesía a Tumuc Humac, como es su deseo y el nuestro.

Señaló la amazona al Sur.

—Tumuc Humac espera—dijo roncamente—. Seguid la guía.

La comitiva se puso en marcha, cerrando el desfile diez amazonas, Maurice Chomeur acercóse a Marcel Dangers.

—Corazas de oro. Buen botín... sin más riesgos mon petit.

—No seáis tan modesto, Chomeur. ¿Os vais a contentar con once corazas de oro, cuando hay perlas a chorros y oro a montañas esperándonos?

—Mis hombres dicen que nos internamos en zonas de las que nadie vuelve. Un tasador a ojo ha visto que estas corazas pesan mucho. Seamos sensatos. Más vale coraza en mano que montañas de oro en el aire, y chorros de perlas en escondidos manantiales. Esta es la tierra de los cortadores de cabezas,

—Os comprometisteis a seguirme, Chomeur.

—Nos pagasteis bien. Somos muchos y ellas no disponen más que de un arco. ¿Atacamos, mon petit?

—Nos cerraríamos el paso hacia la gran fortuna. De todos modos —añadió hábilmente Dangers—, haced lo que queráis. Sois más experto, y vuestra edad os puede aconsejar mejor que yo. Me limito a demostraros que si gracias a las tablillas podemos llegar sin peligro a Eldorado, despreciables son once corazas de oro, que siempre y en mayor número podremos arrebatar.

Acariciose Mauricio Chomeur la canosa perilla.
—Tenéis razón en el fondo. Aguardaremos. Pero mis hombres están inquietos.
—También yo.
—Veis que nada de natural tiene todo esto, mon petit. Estas silenciosas mujeres… Estos paisajes silenciosos…
—¿Sois o no hombre de agallas? Sobreponeos a la extraña impresión de esta aventura. Pensad en las grandes riquezas que nos esperan.
Alejóse Maurice Chomeur… Siguieron andando al paso de los caballos por parajes de maravillosa luminosidad y belleza.
Distintos conciliábulos verificábanse entre los aventureros y Maurice Chomeur…
Arlette d'Arsonval, pálida, trataba de dominar el temblor de sus labios.
Ceñudo, Marcel Dangers seguía a la amazona guía.
De pronto, estallaron simultáneamente varios disparos. Cada tirador había seleccionado a su víctima.
Los cuellos perforados por el pistoletazo tiñéronse de sangre. Las once Damas del Arco fueron cayendo a medida que sus enloquecidos caballos las derribaban…
Precipitáronse los aventureros a despojar de sus corazas a las asesinadas tan alevosamente.
Siguieron escenas indescriptibles que paralizaron de horror a Arlette d'Arsonval.
Marcel Dangers, enfurecido, luchaba contra su cobardía natural. No tuvo tiempo de reprochar…
Sonriente, Maurice Chomeur, acercándose, decía:
—Ahora soy yo el jefe, *mon petit*… Desarmad. Yo dirigiré. Vos iréis donde yo quiera…
Trémulo de ira y miedo, a la vez que desabrochaba su cinto protestó Dangers:
—¡Ponéis en peligro nuestra expedición, Chomeur!
—Calla ya…—mascullo el interpelado.
Y su oculta zurda apareció disparando a boca de jarro en el rostro del elegante Dangers.
Quemadas las cejas, y ensangrentada la rota frente, desplomóse brazos abiertos el que por un crimen había sucumbido al

alucinamiento del oro.

Chilló Arlette d'Arsonval en el paroxismo de la histeria. Los demás aventureros rieron...

Pero súbitamente también gritaron, imprecando, y corrieron aceleradamente hacia sus monturas.

Llegaba del Norte un rumor creciente que semejaba el rodar de una gigantesca piedra en alud.

Destellaban al sol las corazas de oro de ciento veintidós amazonas, que a todo galope lanzábanse contra el grupo de bandidos.

—¡En cuadro! ¡Triple cuadro!—gritó Maurice Chomeur.

* * *

Nina Huarmi señaló una vertiente, que en la hondonada resaltaba como tajo en verde fulgor.

—Aquel es el paso.

El Pirata Negro oteó la hendidura. No se vela rastro de presencia humana.

—Deberíamos dar reposo a nuestros caballos, muñeca. Sois infatigables, y bien merecéis el nombre de amazonas

—Las Urpí estaban enojadas.

—Hacen bien. Los jíbaros...

—Están enojadas contra ti.

—¿Eh? ¿Qué he hecho yo?

—Dicen que tú las llevaste a la fortaleza y eres responsable de la muerte de Tahua Chunca y las Aychas. Yo he dicho que, como reina, yo era la culpable, pero ellas dicen que me excusa mi amor por ti.

—Se les pasará el enojo cuando estén allá en sus jardines de orquídeas. La reciente matanza las ha irritado. Déjalas que zumben, mientras no piquen.

—Dicen que al tú querer que los jíbaros se retiraran, éstos nos pudieron preparar la emboscada.

—Vaya... Tengo las de perder.

—Nada te pasará.

—Lo supongo, y lo deseo. Pero procura hacerles comprender que yo no supuse que los enanos iban a conocer la muerte de Tumuc Humac tan pronto.

—¡Mira!

Tendió ella el índice hacia la hendidura.

Marcel Dangers y sus aventureros seguían tras una amazona, cerrando la comitiva otras diez Damas del Arco.

Un rumor de asombro circuló entre las ciento veintitrés amazonas, hasta que Nina Huarmi fue diciendo que tenían que ser los enviados qué Tumuc Humac había citado.

Gritos de cólera estallaron entre las que desde lo alto contemplaban a los viajeros, cuando vieron la nueva matanza, el despojo y la horrenda actitud ele los aventureros,

Quisma Pichi dio el grito de avance. Sus amazonas lanzáronse al galope, y, contagiadas, las siguieron las Urpí.

Nina Huarmi miró con extrañeza al Pirata Negro, que acababa de sujetar sus riendas, deteniendo su intención de seguir a las otras.

—No. Son muchos y bien armados.

—¡Debo ir!

—No—repitió Lezama—. No quiero verte morir inútilmente.

Una de las rezagadas volvió el busto, y a todo galope, tensó el arco, dirigiendo su venablo contra el Pirata Negro...

Gritó en aviso Cheij Khan, que estaba cerca de Lezama. Partió silbando, el venablo, y siguió la arquera su galope vertiente abajo, hacia donde los franceses a caballo formaban ya cuadros de defensa...

Imprecó el Pirata Negro al sentir caer contra su pecho él cuerpo de Nina Huarmi, de cuyo cuello brotaba la sangre...

Nina Huarmi había visto la acción de una Urpí... Se había interpuesto en el camino del venablo, avanzando en cuerpo...

Cuesta abajo galopaban las amazonas... Disparaban sus venablos. Algunos de los aventureros, mal encubiertos, desplomáronse atravesados per la misma vibrante arma, que perforaba la garganta de Nina Huarmi.

Llevando en brazos el cuerpo de la reina de las Urpí, desmontó el Pirata Negro para, tenderla sobre la hierba.

Cheij Khan señaló hacia la hendidura:

—Hermoso espectáculo, hidalgo— ponderó, brillantes los ojos—. Bien combaten ellas. No quedará ni uno solo de esos asesinos. ¿Voy?

—No. Nuestro estado natural está en sentido opuesto. Mírala... Parece una niña durmiendo...

Cheij Khan contempló a la que susurraba palabras incoherentes.

—La mató una de sus amazonas.

—¿Lo crees así?

—Sí. No es por quitarte aprensión, hidalgo...—mintió el hijo del Pirata Negro—. La Urpí disparó contra su reina. Debió considerar que desertaba de su deber.

—Yo creí que ella m había interpuesto...

—No... ¡Mira!

El eco reproducía, aumentándolo, el fragor de los pistoletazos, el chocar de las espadas y el silbido de los venablos, así como los relinchos de los caballos.

Era una matanza general,..

Pero lo que señalaba Cheij Khan, si bien invisible, podía deducirse por el rumor de su cantinela... que fue creciendo:

“¡Tumuc Humac ha muerto!" “¡Tumuc Humac ha muerto!”

En el escenario del combate, amazonas y aventureros iban cayendo y con salvaje frenesí los supervivientes remataban a los heridos, acudiendo a otros lugares del combate.

Pero unos tenues silbidos iban dejándose oír, distintos a los agudos de los venablos y a los cortantes de las espadas chocando contra coraza...

Poco a poco de entre los matorrales, iban surgiendo diminutos seres semidesnudos...

Y pronto sólo los jíbaros anduvieron por el sangriento suelo, cortando cabezas...

Uno de ellos señaló de pronto hacia lo alto. Varios corrieron hacia algunos caballos, que, cansados de correr en opuestas direcciones, pacían inquietos....

Montaron a saltos los jíbaros. Muchos de ellos fueron derribados por su inexperiencia.

Otros, más tenaces, se asieron con fuerza a las crines, emprendiendo raudo ascenso hada la cima donde dos hombres blancos parecían no tener prisa por irse.......

El Pirata Negro, inclinándose, recogió el cuerpo de Nina Huarmi. La colocó sobre su caballo, y montando en el suyo, picó taconazos en los ijares.

—¡Vuela, hijo! ¡No nos rebajemos a pelear contra esa nube de hombrecillos! ¡A escape! Hacia la civilización...

Los jíbaros renunciaron pronto a la persecución de los dos jinetes que galopaban sosteniendo entre sus dos monturas, la que llevaba atravesada el cuerpo inerme de una amazona, cuya coraza destellaba sanguinolentos reflejos...

Y a la media hora, hizo alto el Pirata Negro.

—Fuera de peligro. Desde aquí vemos si alguien se acerca. Allá queda el estado natural.

—Jíbaros y amazonas se estarán por doquier matando. Debe ser un espectáculo hermoso.

—Tendré que vigilarle, "Chacal". Tienes a gustar escenas fuertes.

—Me gusta pelear y ver correr la sangre, hidalgo. ¿Por qué recogiste el cadáver de esta mujer?

—Porque era una mujer. Porque fue buena conmigo. Y porque no quería que la decapitaran. Y sobre todo ¿sabes por qué?

—No.

—Pues porque me do la gana.

Rió el hijo del Pirata Negro.

—Razón muy fuerte, hidalgo.

—Entre tú y yo hasta aquí hemos traído a Nina Huarmi. Entre tú y yo le cavaremos tumba.

—¿Para qué? Estas flores le pueden servir de lecho.

—He dicho que cavaremos tumba.

—Como tú ordenes.

Y dócilmente, Cheij Khan, con ayuda de una rama que desgajó, fue abriendo hueco en la blanda tierra.

Allí depositó Lezama a la muerta, cerrando sus párpados sobre los grises ojos...

Cheij Khan fue recubriendo de tierra la reciente tumba.

—El único estado natural que en la tierra puede dar la paz—dijo el Pirata Negro, señalando la sepultura.

Montó a caballo, imitado por su hijo.

—¿Conoces la capital de la comarca del Ecuador?

—No. Tú seguramente sí, hidalgo.

—Tampoco. Es para mí ciudad nueva

—Nueva vida, gracias a ti.

—Gracias a ella, la que te espera anhelante, afortunado mozo. Atrás queda la tierra de las amazonas... y deseo que atrás quede el recuerdo de las crueldades.

—Así será. Yo quiero un hogar, quiero tu amistad, y quiero que nosotros cinco, juntos, vivamos placenteramente.

—¿Nosotros cinco?

—Mireya, Gabriela, don Diego, tú y yo.

—No olvides a tu padrino.

Ambos, bota contra bota, habían puesto sus monturas al trote.

—¿Mi padrino?

—Don Marcelo.

—Suele llamarse padrino al que de pequeños, nos acompañó en nuestros juegos...

—Largo es el camino que nos queda por recorrer, Carlos.

—Sí.

Pero súbitamente envaró sus miembros el hijo del Pirata Negro. Detuvo su caballo.

—¿Cómo me has llamado?

—Carlos—repitió el Pirata Negro, sonriendo forzadamente.

—Mi nombre es Cheij. Carlos es tu nombre.

—Galopemos, muchacho. La vecindad no es aún honesta. Cuando nuestros caballos pidan misericordia., seguiremos hablando lejos de esta frontera poco propicia a charlas.

Y alejóse a todo galope el Pirata Negro, seguido por su hijo. Dos horas después, ya anochecido, los dos caballos reposaban, mientras en el riachuelo bebía el Pirata Negro.

A su lado, y después de beber, preguntó el joven:

—¿Por qué dijiste que me llamo.Carlos?

—Es tu nombre. Grabado está en tu antebrazo... Déjame hablar, Carlos. En esta penumbra favorable tengo que evocar la figura de Tartar... Él me habló, y ahora hablará por mi boca. Te repetiré cuanto me dijo acerca de ti, de tus pesadillas y de tus recuerdos. Te expondré por qué mi carcajada te causa la sensación de haberla oído hace muchos años... Te diré por qué don Marcelo es tu padrino, y cómo un pelirrojo que tiene la impresión de haber jugado contigo, cuando eras un mocoso, no se equivoca:.. Eso es, hijo, siéntate... A los dos nos conviene. Tenemos las piernas flojas. Hemos cabalgarlo muchos años... Y hoy muchas horas... De ahora en adelante, siempre cabalgaremos juntos... La penumbra no te deja ver el tatuaje que estás mirando como quien ve fantasmas... Además, aunque lo pudieras leer, no sabrías el significado. Son

letras persas... Tartar conocía el idioma persa. ¿Recuerdas las extrañas preguntas que te dirigió en cierta ocasión? Te habló de una isla lejana... De este tatuaje... No hace frío, hijo... Y estás titiritando, como yo...

Roncamente, demudado el rostro, rizó Carlos Lezama sus manos, mientras el Pirata Negro, sentándose a su lado, enlazábale por los hombros.

—¡Habla..., señor! ¡Tengo miedo... y anhelo oírte! ¡Habla, señor!

Aplicó el Pirata Negro su mejilla centra la de su hijo.

—¿Debo hablar o el silencio y el latido de mi sangre no te anuncia algo maravilloso, Carlos?

Un estertor en sollozo arañó la garganta del que hasta entonces creías Cheij Khan, un huérfano de todo cariño...

—Tu voz... es la que Tartar decía que me impedía ser un cruel asesino... Tu voz... ¡es la voz de tu sangre....! ¡Tu sangre que en mis venas alienta!

¡No hay más que un PIRATA NEGRO!

Jamás ha habido un héroe más valeroso que él. Con la sonrisa en los labios y la espada en la mano,

EL PIRATA NEGRO

recorre todos los mares al frente de sus intrépidos seguidores para imponer la ley y la razón a los que olvidan los dictados de la justicia.

¡Emoción en todas las páginas! **¡Interés e intriga constantes!**

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines.
15. Los mendigos del mar.
16. El rey de los zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Montbar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
22. Deuda saldada.
21. Esclavitud y rescate.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballero errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer del vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.
43. Los cuatro dogos.
44. La princesa azul.
45. Tres amores.
46. Escala en Tinerfe.
47. Los negreros.
48. Rumbo a Caribe.
49. Rebelión criolla.
50. El hijo del Pirata.
51. "El Chacal".
52. La legión del Mar.
53. La amazona.
54. Un violín en la tormenta.
55. Los tres trotamundos.
56. El Marquesito.
57. Reunión en palacio.
58. El león plateado.
59. El pirata novel.
60. El reto de "El Chacal".
61. La costa dorada.
62. En pos de "El Chacal".
63. El "León" y "El Chacal".
64. Aguas Revueltas".
65. La voz de la sangre.
66. El verdugo espera.
67. Tres cabezas.
68. Las Damas del Arco.
69. La fortaleza sitiada.
70. Manada de lobos.
71. Una familia peligrosa.
72. La dama del mesón.

* *

Editorial BRUGUERA - Barcelona